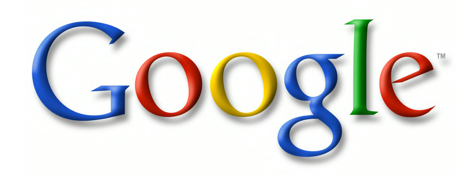
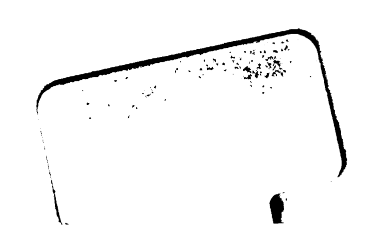






EL DIEZ DE AGOSTO.

9

ABELARDO MONCAYO.

EL DIEZ DE AGOSTO

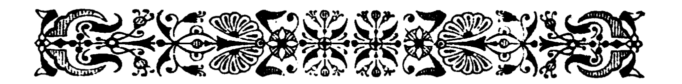
DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS



QUITO.—ECUADOR.

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios.

1897.



ADVERTENCIA

Ansiábamos, unos cuántos jóvenes, allá en 1883, festejar solemnemente el 24 de Julio, primer Centenario de Bolívar: tal el origen de este Drama, que quizá no tiene otro mérito que la sustitución de un cuadro por otro más grandioso en marco preciosísimo.

«Un autor dramático no debe olvidar que su obra no es para leerse al amor de la lumbre», dice un célebre maestro del Arte, al tratar de la sobriedad y rapidez con que el Drama pone en acción las circunstancias accesorias del hecho elegido para cuerpo de la obra. Mas, si el principal objeto del escritor es grabar profundamente en un pueblo

la memoria del instante más solemne de su historia, el de su nacimiento, é imprimirle entrañable cariño y veneración para con aquellos que al emanciparle, le dieron vida ¿no admitirá alguna latitud aquella regla? Decídalo el éxito infortunado ó feliz de esta piececilla, que allá se vá modesta sobremodo en sus atavíos y sin pretensiones de ningún género.

«Tampoco se ha de sujetar el Drama histórico al angustioso plazo de las 24 horas», dice el mismo preceptista; y, por cuenta suya, concede *algunos días*, para el desarrollo de la acción. Salta á la vista, la vaguedad y, por ende, lo caprichoso del precepto. Entendemos nosotros que la antiquísima y tan debatida unidad de tiempo, está íntimamente enlazada con la unidad de acción: si ésta es interesante y lógicamente una, se acordará de su reloj, quizá tan sólo algún pedante. Y bien ¿la *agostada* de 1810 fué el desenlace directo, irrefutable de nuestro DIEZ DE AGOSTO DE 1809? ¿en una palabra forman un todo esas dos fechas? Si tan al dedillo no las conociéramos, ni por pienso se

nos ofreciera tal objeción: la acción es una, la causa la misma, los personajes unos; la culpa, de consiguiente, no es del autor, si ese hecho no tocó á su término en las 24 horas que á este género literario asigna cierta escuela, que ya no es de estos tiempos. Mirad, sinembargo, prescindiendo de nombres respetabilísimos, con los cuales pudiéramos defender el plazo que nos hemos tomado, harto fácil nos hubiese sido abrir la acción en la víspera de la muerte de nuestros Próceres; pero, sobre inverosimilitudes más imperdonables que la falta de unidad de tiempo, qué frío é insípido hubiera parecido, en un prólogo ó en una mera narración, lo esencial del drama, el Diez de Agosto: quédese, pues, la gallina con su pepita.

Tocante á la veracidad histórica y la unidad de acción, criticadnos lo que os parezca; si bien tenemos conciencia de habernos ceñido á esas condiciones esenciales hasta con demasiada escrupulosidad. Acaso este personaje no fué tan odioso como le pintamos, ni aquél tan simpático como figura; mas el Drama no es una crónica, y si la

historia no le desmiente, dueño es el escritor de buscar el interés y la belleza de su obra en la variedad, abultamiento y firmeza de los caracteres escogidos.—Pero Mideros?—Cuidado lector: no es menester haber inventado la pólvora para crear el nombre de un personaje, ideal sí, pero necesario para la trabazón y realce del todo. Mas quisimos que aun este nombre fuese conocido y digno de nuestra ternura; y desahogado campo ha dejado á la fantasía nuestro historiador, al no hablar sino de la heroica muerte de aquel denodado patriota, con la particularidad, además, de no haberse perpetuado en Quito ni su apellido.

«Pero si la acción del Drama es el DIEZ DE AGOSTO, ha tocado á su fin en el 2º acto», acaso insista alguno.—Y le sobraría razón si por DIEZ DE AGOSTO entiende tan sólo lo material de la fecha y no el grande hecho que simboliza, no la santa causa de nuestra Independencia. *Albores de la emancipación Americana*, ó cosa por el estilo, habría llamado más bien el escritor que, sobre cierta dósis de pedantería, gusta de extasiar-

se en tres ó cuatro líneas de títulos retumbantes.

Y basta ya de defensa en causa propia, y más cuando es íntima nuestra convicción de que, en obras dramáticas especialmente, ni la más ingeniosa apología del autor, ni la crítica más virulenta de encono mal disimulado, añaden ó quitan un ápice á su propio mérito. ¿Y pretendemos, acaso, ofreceros una obra cumplida? No, no exijáis aún en la sierra ecuatoriana aventajados escritores dramáticos. Nos cuentan que ya en Quito tenemos algo más que acabados los cimientos de un teatro material; mucho es, por tanto, que algunos pensemos también en acopiar las primeras piedras para el teatro literario de nuestra Patria; y es nuestro voto que, en gracia, riqueza y originalidad, llegue éste á la altura del de nuestra antigua Metrópoli. Y, mirad, *Las Aceitunas* de Rueda, es lo más notable que se halla en su base.

Con esta portada, *Teatro Ecuatoriano*, hemos visto un dramita—Clemencia Lafalle—por Juan Rodríguez Gutiérrez: áun para

vosotros, señores literatos del Ecuador ¿os es conocido este nombre?, y de ecuatoriano ciertamente tiene tanto ese drama, como nosotros de secuaces de Mahoma. Y si la literatura en general ha de ser, por lo menos, el reflejo de la sociedad donde se escribe ¿cómo llamaríamos nacional si á par del escritor, que nos es desconocido, es del todo extraño el asunto que le ha ocupado? De uno que otro guayaquileño, sabemos de oídas que ha probado sus fuerzas en el género dramático; mas, en el Interior, ni noticia tenemos de que algún compatriota nuestro se haya ensayado en este género de composición. (1) Y la razón es palmaria: nosotros

(1) Esto escribíamos en 1883: de entonces acá, muy grato nos es confesar el movimiento, no insignificante, que en todo sentido han recibido nuestras letras, mediante la contracción y esfuerzo de jóvenes que dejarán nombre no oscuro en nuestros fastos literarios. También en la parte material es otra, de la que pintamos en este Prólogo, la suerte del teatro en la sierra; pues, con la conclusión del bellísimo, llamado SUCRE, en la Capital, y con la venida de algunas Compañías á esta Ciudad háse despertado el gusto en nuestros compatriotas que, en elegancia y propiedad en la representación, se muestran, ahora hasta demasiado exigentes.

mismos hablamos de *proscenio*, *platea*, etc., como puede hablar de colores un ciego de nacimiento. Una sola vez, y en Otavalo, y por una Compañía ya desmembrada, la de Pérez Padrón, hemos visto una representación, como sombra de lo que debe ser, la de *Jorge el Armador*. Y qué distancia, por Dios, qué distancia entre la simple lectura y la realidad de las tablas! Pasmado, absorto, he devorado las bellezas de un Otelo, por ejemplo; y esa piececilla, ese tal *Jorge*, me arrancó en el Teatro, lo que no pudo Otelo con la mera lectura, me arrancó lágrimas.

Y sin esta escuela práctica, viva, sin estímulo de ninguna clase, y hasta sin objeto ¿cómo demandar al Ecuador escritores dramáticos? Y para el que esto borronea especialmente, cuántos motivos de desaliento! Pero bien, si absolutamente nada esperamos ni pedimos de nuestros coetáneos, con todo, quizá no sea vana ilusión el aguardar que al menos un ecuatoriano exento de nuestras actuales pasiones, recorra este Drama con más interés que el famoso *Julio César*, Los *Dos Fóscares* ó la Conjura-

ción de Venecia, Dramas con los cuales, sin quererlo ni pensarlo, nos hemos encontrado más de una vez, en la armazón, sin que por ello hayan perdido nada en originalidad, los personajes de nuestra gran fecha.

Mas, por sí trasmonte este folletito nuestra cordillera, ó duerma allá empolvado más de un siglo, en algún desvencijado armario, no será por demás uno que otro rasgo histórico, para que se entere el lector curioso del tiempo en que salió á luz este boceto de Drama.—Estamos al terminar el siglo XIX; y el Teatro, este solaz el más natural, instructivo y ameno del espíritu humano, no existe aun para nuestra sociedad interiorana. Medio lo columbramos talvez, ciertamente, allá, en la fiesta de algún *Santo Patrono*, ó cuando un dómine quiere lucir el final de su año escolar; pero cómo?,—los cobertores de las camas, sábanas mismas y no muy pulcras, etc., han de servir de telón, bastidores, mamparas etc. Si no hay en la población una salita de 12 varas por lo menos de largo, un patio, una plazuela, un corral son el lugar forzado de la escena; en don-

de no es maravilla que se presente el Hermano Cristiano ó el Reverendo Jesuíta con biombo á cuestas, para dividir el proscenio é indicar á los espectadores el punto donde se supone la Junta de Médicos, y el cuarto que se improvisa para el *Enfermo Imaginario;* mientras chiquillos de hasta 10 años á lo más, nos rompen la cabeza con el *sangrara* la *Vativare* y después *fregare.*

Cada director, por supuesto, es dueño de corregir, aumentar, disminuir, cortar aquí, remendar allá, y despedazar, y *arreglar* dizqué á su sabor, la pieza que elige, cuidando, sobre todo de suprimir mujeres y personas, y palabras que pueden chocar á un pueblo ignorantón y fanático, ó que no sean del agrado de dicho Director; y ganzos de la peor calidad son cabalmente los encargados de este como sacrilegio y nada menos que en piezas de autores eminentes. Vimos, y no en una aldea, representar un auto sacramental, en el cual el mártir protagonista debía saltar por una *tina de fuego*: haya sido en él miedo, torpeza ó falta de ensayo, es lo cierto que tan desairado fué el

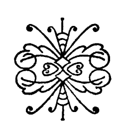
salto de nuestro *Talmita* que no pudo menos la concurrencia de desatarse en interminable carcajada. Furioso el fraile, Director de la representación, preséntase en las tablas, zapatea, jura como un moro, despedaza á patadas lo que encuentra y tal filípica dirige á los espectadores, que los términos *bestias, salvajes* y *brutos* son los más suaves con que regala á obispos, gobernadores y lo más selecto de la sociedad que *honraba* con su asistencia el improvisado teatro. Viérais entonces al sochantre de aquel venerabilísimo cabildo levantarse con la mayor humildad cristiana, y con suma unción y compostura: «Perdone Ud., mi Reverendo,—le dice—y considere Ud. que este pueblo no está acostumbrado aún á esta clase de espectáculos, y no sabe, por consiguiente, cuándo es de reírse, ni cuándo de llorar.»

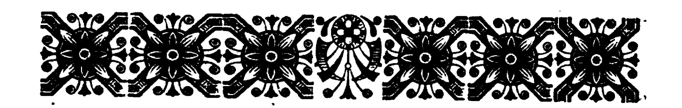
Para una distribución de premios, ensayaban en otra de nuestras ciudades el tan conocido y hermoso Drama de Calderón, *La vida es sueño*; y en aquella escena en la cual Sigismundo arremete á su carcelero Clotaldo, le advirtió el jayanazo, que hacía este

papel, que no se atreviese á sacudirle de veras, porque le daría vergüenza de que un chiquirritín, como el que hacía de Sigismundo le derribase en público é impunemente. Llega el día de la representación y llega la consabida escena; y ora sea por entusiasmo, ora por capricho, tal empellón le dá Sigismundo que le derriba á Clotaldo, quien tan recia sacudida no esperaba. Indignado éste, levántase y le contesta al príncipe con una guantada que le revienta la naríz. Amostazada su Majestad, háse de tripas corazón y allá va una, que no la dió á Cristo, y en la que siempre venció el jayanazo: jamás disfrutará el público de escena tan á lo vivo y tan divinamente representada. Inútil es decir que mohino por desgracia el príncipe, é iracundo todavía Clotaldo, terminaron el Drama como ya podéis imaginaros.—A este punto ha subido entre nosotros el arte del *Teatro casero:* pues, cuando alguna Compañía dramática ha osado aventurarse, en sus excursiones de la Costa para acá, para nadie es misterio el recibimiento con que ha sido acogida ora por la

pobreza misma del país, ora por la inercia y estrechez de ánimo de nuestras Municipalidades y, más que todo, por la iracundia de nuestros obispos y capuchinos de toda clase. Basta saber que en Cuenca, por ejemplo, tercera ciudad del Ecuador, no se ha visto jamás, á lo que presumimos, una compañía de actores de profesión. Tal ha sido nuestra escuela: juzgadnos.

La Quinta, Mayo 15 *de* 1883.





PERSONAS.

Mideros
D. Juan de Dios Morales
D. Manuel Quiroga
Presbítero D. José Riofrío
D. Antonio Ante
D. Antonio Peña
D. Juan Salinas
D. Pedro Montúfar
El Marqués de Villa-Orellana, *conjurados principales.*

Ascásubi, Arenas, Cajías, Larrea, Guerrero, Villalobos, Aguirre, Melo y Vinueza, *interlocutores no muy necesarios y cuyos nombres constan por su celebridad solamente.*

Albán, Echanique, Landáburo, *conjurados en segunda línea.*

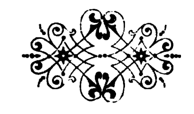
Calixto.

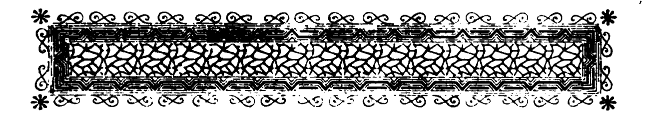
El Conde Ruiz de Castilla, *Presidente de Quito.*
Lola, *hija del Conde.*
Rosaura, *amiga de Lola.*
Arredondo, 1ª *autoridad militar de la Presidencia.*
Fuertes-Amar, *Oidor de la Real Audiencia de Quito.*
D. Tomás Arrechaga, *Ministro Fiscal.*

El Presbítero Caicedo, *capellán del Presidente.*

Un español.—Un capitán.—Un soldado.—Veteranos armados.—Gente del pueblo, etc.

La acción se desarrolla en Quito año de 1809.





ACTO PRIMERO.

Una pieza medianamente amueblada en la casa de Morales.

ESCENA PRIMERA

Morales y Quiroga.

QUIROGA.

No nos alucinemos, mi querido Juan de Dios: echadas están las suertes, pero mucho desconfío de un éxito feliz. Con

elementos tan hetereogéneos y con obstáculos como los que se nos oponen, ¿pondremos, al fin, de parte nuestra á la fortuna?

MORALES.

Me creéis, pues, iluso, mi amado Quiroga? No está en nuestras manos hallarlo todo á sabor. Aprovechemos de los medios tales como se nos ofrecen, encaminemos á nuestro fin las varias pasiones de nuestros semejantes, no se nos escape hilo por ténue que nos parezca, con tal que sea conducente á nuestro propósito, y dejemos el éxito parte á la fortuna y parte al proceso incontrastable de los acontecimientos. Ni cómo suponéis pueda yo alucinarme, conociendo como conozco á nuestros camaradas y la tierra en que pisamos?

QUIROGA.

Si como Salinas. . . .

MORALES.

Ya veis, qué vigor el de ese brazo! Pero su impetuosidad misma y la excesiva franqueza de su carácter ¿no nos ocasionarán más de un contratiempo, si acaso llega á ladear nuestra dirección? Ante! . . . . No os parece que estrecháis la mano de un Foción ó de un Mucio, cuando apretáis la de ese austero patricio?

QUIROGA.

Sí; y me diréis también que á Mideros la ocasión solamente le falta para desplegar asombroso heroísmo; porque, hermanadas en él la impetuosidad del león y la dulzura de la paloma, es, con justicia, el más prominente caudillo de esa juventud que le acompaña. Me diréis que Riofrío . . . . . .

MORALES.

¡Oh! si todos fuesen como Riofrío! Grandeza de alma, pulso firme, perspica-

cia asombrosa para abarcar hasta el menor detalle, todo lo tiene, todo lo posee en grado sumo; pero por su ministerio mismo, mucho será que nos ayude con su envidiable dirección. En el vertiginoso fragor y los vaivenes de las revoluciones, no halla cabida la voz ni la acción sacerdotal; pero á él le debemos la protección del diocesano; y con éste, el clero estará de parte nuestra, y la popularidad, por tanto, y el prestigio de que ha menester nuestra causa en esta sociedad. Ascásubi, por otra parte, Peña .....

QUIROGA.

Arenas, Cajías, Aguirre y otros pocos, son, á la verdad, amigo mío, diamantes preciosísimos que por su esplendor enorgullecerían aun á la más altiva nación; pero oropel es lo que tenemos en más abundancia, y quién sabe si algo peor. ¿Os habéis penetrado bien de las tendencias de Montúfar, de Villa Orellana, de Larrea etc.? Creéis en el patriotismo sincero de estos señores, habituados á las

consideraciones y al acatamiento impuestos por su alcurnia y sus caudales? Pensáis formar verdadera República con marqueses y condes, más apegados á sus brillantes pergaminos que imbuidos en aquellas santas ideas de igualdad y fraternidad, bases sin las cuales es imposible fundar el imperio del pueblo por el pueblo?

MORALES.

Ciertamente las divergencias de sus ambiciones personales originarán entre ellos división, y el desvío, por consiguiente, de nuestra causa, y, por tanto, su muerte. Pero son patriotas ardorosos, odian entrañablemente la dominación extranjera.

QUIROGA.

Pero no odian el poder ni los privilegios, no odian la injusticia inherente á su condición misma; y por sus títulos y por sus vínculos de parentesco, son ellos los que se figuran herederos legítimos

del poder español. Esto para lo futuro; y en cuanto á lo presente, ciega por demás, doctor Morales, me parece, vuestra confianza en el patriotismo de los que con nosotros conspiran. Amor abnegado á la prosperidad del pueblo en que nacimos, resolución de sacrificarnos por su bienestar, firmeza para recibir hasta una muerte oscura en defensa de sus derechos, esto, es patriotismo. ¿Y es esta virtud la que abrasa el corazón de todos estos camaradas?

MORALES.

Ah, doctor! Si queréis aquilatar todas las almas y escoger únicamente las que sean como la vuestra ¿haríais algo, sacudiríais una sociedad, la regeneraríais? Antes sorprendeos de que en pueblos como este haya hallado combustible nuestra llama. Trescientos años de una dominación férrea, apoyada en el embrutecimiento progresivo del alma ¿no es natural que nos hayan asfixiado en atmósfera tan pesada como corrompida? Nues-

tra aristocracia, decís, será el obstáculo mayor de la República: tenéis razón, pero la República no vendrá sino tarde. De la aristocracia, además, así como del clero, el prestigio es fascinador: su nombre, pues, y sus caudales nos sirvan para sacar de pila á nuestra desvalida independencia. De nodriza ha menester esta débil criatura; y si mejor no la conseguimos, peor es su muerte: aceptemos á la que se presenta.

QUIROGA.

Y si como tal se ofrece ella sólo para ahogarla sobre seguro? Si felonía y traición rebosan en el pecho de vuestra nodriza?

MORALES.

Queréis hablarme de Calixto?

QUIROGA.

Cuando me siento á lado suyo, figúrome verme atado á un espinar del Chota.

Habéisle visto alguna vez los ojos? . . . . y yo tengo miedo del hombre que no acierta á verme de frente, así como del vado cuya profundidad no puedo sondear.

MORALES.

Participo con vos de esos temores; pero qué hacer? Causa no ha habido, lo sabéis, en que falte un Judas.

ESCENA II

LOS DICHOS PEÑA CON UN PLIEGO EN LA MANO.

PEÑA.

Está concluída mi tarea, señores; y como tan seguro es el conducto escogido, soy en esta carta del todo explícito con los señores Nariño y Zea.

MORALES.

Servíos informarnos de lo esencial.

PEÑA (*leyendo*).

"No del todo ha sido estéril la semilla que aquí regó nuestro ilustre amigo el doctor Espejo; y á punto estamos quizás de saborear su más preciado fruto, nuestra emancipación de la Madre Patria. Meditad en las circunstancias actuales, y no juzgaréis fuera de sazón nuestro propósito: la prisión de nuestros Reyes en Bayona; la ocupación de la Península por los franceses; el desconcierto absoluto en todo el Reino, y la imposibilidad, por lo tanto, en que se halla la Metrópoli de atender á sus colonias mientras ella misma tiene que luchar por su independencia. Sí, pues, todas las secciones de América imitan nuestro ejemplo, nuestra victoria es segura. Pero no olvidéis que Quito está encerrada entre los Gobiernos de Guayaquil, Cuenca y Pasto; y si inmediatamente no nos dáis la

mano, los godos habrán sofocado en su cuna nuestra revolución. Nos acusaréis, quizá, de precipitados; pero, indiciados ya de rebeldes; de tal manera nos persiguen, que nos vemos impelidos á entrar en acción por fuerza superior á nuestra voluntad. Poneos, luego luego, en comunicación con nuestros amigos, escribid á Nueva España, etc. etc."—Y sigo después en la relación de los elementos con que contamos, de los hombres que nos apoyan, etc.; y concluyo designándoles el **Diez de Agosto** para nuestro pronunciamiento.

QUIROGA.

¡**Diez de Agosto**! Y también para los franceses es todo un sol esa fecha: ¿dará igual esplendor en nuestros anales?

MORALES.

¿Lo dudáis, doctor Quiroga?

PEÑA.

Las fechas que deciden de la libertad, de la vida misma de un pueblo son tan inmortales en su luz, como la idea que las brota.

QUIROGA.

Tan grande, tan conmovedor es nuestro propósito, que al verlo de frente, todos mis recelos se disipan como por hechizo. Un pueblo, el más pequeño y oscuro de la tierra, el más encerrado por inaccesibles montes. . . . Quito, Quito va á ser el primero en el sublime grito de su emancipación? . . . Cosa, en verdad, aun para enloquecer un corazón de hielo. Pero si regularmente por el éxito se valorizan nuestras acciones y es desgraciado el nuestro, ¿no teméis que antes como héroes aparezcamos como locos, y ridícula nuestra empresa?

MORALES.

Sí, para el vulgo, héroe será siempre el vencedor, y un malvado, un monstruo el vencido. Pero, mirad, cuando la libertad de un pueblo ha sido el blanco único de una empresa, por desgraciado que haya sido el éxito, una como aureola circunda hasta en la eternidad á los que, por ese propósito se sacrificaron.

PEÑA.

Y llega día en que Augusto mismo acata la estatua de Bruto. Puede, en verdad, eclipsarse en su cuna nuestra gran fecha; pueden apagar al instante nuèstro grito de libertad; pero voz tan estentórea no retumbará en toda la extensión de los Andes! Habremos sucumbido en la demanda; pero nuestros nombres quedarán como estímulo perdurable de quienes han de cambiar los destinos del mundo de Colón.

MORALES.

Y créedmelo, para toda nuestra especie es América la llamada como templo de lo porvenir.

QUIROGA.

Más que ninguno, os lo repito, vivo yo penetrado de la grandeza de nuestra causa; aun más, echadas están las suertes, ya os lo dije; pero esto no quita el dolor que me causa nuestra precipitación. De esa misma carta que acabáis de escribir, querido Peña, esperáis fruto inmediato? Persuadíos, revolución que no se cierne en la atmósfera de todo un pueblo, revolución no preparada y sostenida por la opinión, y cuya necesidad, por consiguiente, no todos penetran, no nace robusta; y si revienta, no crece, y si crece no fructifica; y á más de efímera en su duración es infortunada en su desenlace.

[illegible] nosotros,
[illegible] que nos pre-
[illegible] mañana, y su no-
[illegible] proyecto.

[illegible]

[illegible] Bofrio.

[illegible] á quien más
[illegible] parecer.—Doctor
[illegible] cuanto os ha-
[illegible]

[illegible] que sería en acu-
[illegible] pero hanme ga-

nado los que en la sala inmediata os aguardan.

MORALES.

¿Y por qué no han pasado adelante? Voy por ellos.

RIOFRÍO.

Os acompaño. (*Entran los dos.*)

QUIROGA.

Descubrísteis, por fin, aquel misterio?

PEÑA.

A pesar de todo su cariño para conmigo, Mideros en ese punto se muestra impenetrable.

QUIROGA.

Pero tan marcada es su melancolía, que muy infortunado le presumo en lo que intenta.

MORALES.

Pero, no véis que no somos nosotros, sino los acontecimientos los que nos precipitan? No obremos mañana, y su noche será la última de nuestro proyecto.

ESCENA III

LOS MISMOS Y EL **Dr. Riofrío.**

MORALES.

Aquí tenéis, cabalmente, á quien más os apoya en vuestro parecer.—Doctor Riofrío, bésoos la mano: cuánto os habéis hecho esperar!

RIOFRÍO.

El primero pensé yo que sería en acudir á esta cita, señores; pero hanme ga-

nado los que en la sala inmediata os aguardan.

MORALES.

¿Y por qué no han pasado adelante? Voy por ellos.

RIOFRÍO.

Os acompaño. *(Entran los dos.)*

QUIROGA.

Descubrísteis, por fin, aquel misterio?

PEÑA.

A pesar de todo su cariño para conmigo, Mideros en ese punto se muestra impenetrable.

QUIROGA.

Pero tan marcada es su melancolía, que muy infortunado le presumo en lo que intenta.

PEÑA.

No tanto, pues rarísima es la noche que deja de penetrar en palacio; y llave maestra ha menester quien de tantas alabardas se burla.

QUIROGA.

Insistís, pues, en que la hija del Conde....

PEÑA.

De ello nunca he dudado: qué haya de serio y qué punto calza ya nuestro camarada, esto es lo que me trae inquieto.

QUIROGA.

Y qué á nosotros, si para nuestra causa tiene que ser uno el resultado? Mideros ha de ser el alma de nuestra revolución, sabedlo, porque ama de veras; y una acrisolada pasión es, en la juventud, el germen del heroísmo.

PEÑA.

El doctor Ante nos dirá ya .... Mas, hélos aquí.

ESCENA IV

Morales, Quiroga, Riofrío, Salinas, Ante, Peña, D. Pedro Calixto Y OTROS CONJURADOS.

SALINAS.

(Después de haberse todos saludado cordialmente.)

Convenid en que, para otra ocasión, es ya imposible una de estas reuniones.

MORALES.

Y la última, en efecto, debe ser ésta.

CALIXTO.

Desde la tentativa de Marzo, señores, paréceme que no hay uno de nosotros que no lleve espía.

QUIROGA.

Más que lobo mismo es temible el disfrazado de cordero.

CALIXTO.

¿Os receláis, pues, de que alguna felonía...?

QUIROGA.

Nadie os habla de traición, señor de Calixto: de ella, ciertamente, no está libre jamás causa alguna; pero bien lo sabéis, si con una mano reciben los judas sus treinta dineros, con la otra ármanse ellos mismos lo que justamente merecen, la horca. Mas, no demos pábulo á presentimientos talvez infunda-

dos y discutamos lo que hoy debe quedar resuelto.

SALINAS.

¿Qué hay que discutir? Mis tropas están listas; el Comandante Zaldumbide cuenta con sus escuadrones: confío, pues, en que ni una gota de sangre manchará nuestra revolución.

RIOFRÍO.

Si á la Presidencia de Quito solamente fuésemos á arrojar el guante, cierto que nada habría que discutir. Pero la América toda, pero España, señores, y nuestra impotencia misma empeñada en tan desigual combate ¿no nos dicen á grito herido que acordemos la empresa con madurez? Por vez última, si aun es posible, alguna tregua, señores. Dispersémonos en toda dirección, despertemos las demás comarcas de nuestro Continente, fijemos con nuestros amigos de las otras ciudades hermanas la época, la

fecha, si nos es dado, para que, levantándonos á una, impongamos nuestra voluntad á la Metrópoli, más por la razón que por las armas.

ANTE.

Lo que no se comienza, claro, que jamás se lleva á término; y pobres de nosotros, si antes que en nuestro brío, ponemos la esperanza en planes ajenos de nuestro aliento.

MORALES.

Este punto está ya fuera de discusión. ¡Dispersarnos! .... ¿á dónde? El sistema colonial, en esta pobre América, es el famoso Briareo que á dondequiera nos alcanza. Y qué campo ni qué tiempo para la propaganda de nuestros principios, donde no hay un palmo de tierra seguro para nosotros? Conceptúo, además, apenas de ilusión generosa el que logremos despertar á la luz de la verdad pueblos como los nuestros tan

aletargados en el error. Y la libertad, por fin, no se implora, se la conquista, y con sacrificios.

PEÑA.

¿Nos aguarda el cadalso á los conspiradores de Agosto? Pues bien, pechos denodados nos imitarán, no lo dudéis: demasiado esplendorosa ha despuntado el alba de este siglo para que á su luz no se avergüence América de su servidumbre. Felices nosotros á quienes con esta preferencia para el holocausto nos honra el destino. Y, mirad doctor, muy hermosa viene, en la portada de nuestra nacionalidad, la figura de un clérigo como vos con la aureola del martirio por la Patria y la libertad.

CALIXTO.

No presumo yo que sea temor á la muerte lo que en el doctor Riofrío motiva esos recelos: la conciencia quizás, algún escrúpulo . . .

RIOFRÍO.

El vestido que llevo os inspira talvez esa ironía, señor de Calixto; y, con todo, si tan penetrado no estuviese yo de la hermosura y la justicia de nuestra causa, mejor que yo comprendéis vos mismo que no me veríais á vuestro lado. ¿Suponéis, pues, que la Religión, de la cual tengo á gloria ser ministro, se opone á las justas aspiraciones de una libertad regeneradora? Y nadie como ella, sin embargo, amante más ardorosa de nuestra dignidad, cuya existencia es imposible sin medida práctica del derecho. Y la libertad, sabedlo, vió la luz en el Calvario, se amamantó en las Catacumbas y se robusteció, por fin, con la sangre de nuestros mártires. ¿La Religión de Jesús enemiga de la dignidad y la libertad del hombre? Blasfemia. Si malos sacerdotes han ayudado á los déspotas en la sacrílega tarea de aherrojar pueblos y remacharles la cadena del esclavo, crimen es éste de la humana co-

dicia que nó de la naturaleza de nuestra Religión. Dondo reina el espíritu de Dios, allí está la libertad: tal es nuestro dogma. Y el despotismo no es el espíritu de Dios; y el desconocimiento de todo derecho y el aniquilamiento de toda personalidad, no es espíritu de Dios; y esta insaciable codicia con que España aprensa á la América para arrancarle oro, hasta con el desmenuzamiento de sus entrañas; y esta ignorancia casi brutal en que tiene sumido al colono, para que éste no comprenda jamás su desventura, no son el espíritu de Dios. Ah, no es, no puede ser espíritu de Dios la servidumbre, no la tiranía; porque Dios no es la injusticia ni la barbarie, porque Dios no es el crimen! Por eso es santa nuestra causa é inquebrantable mi fe en nuestra victoria. Pero para conseguirla sin los horrores de la guerra, no me pareció por demás insistir en que no despreciemos medio alguno conducente al logro de nuestro propósito; mas, si ya es imposible detenernos, adelante, señores.

y Dios nos bendiga! *Salva Cruce, liber esto.*

ESCENA V

LOS DICHOS **Mideros** Y **D. Pedro Montúfar.**

MIDEROS.

Me ordenásteis que viniese en unión del marqués de Montúfar: hémosle aguardado envano; mas aquí tenéis á D. Pedro que le representa.

MONTÚFAR.

Como me prometiera Juan Pío regresar sin falta por la tarde, resolví esperarle hasta última hora, motivo por el cual excusaréis nuestra tardanza; mas no dudéis de su buena voluntad, y luego, señor Morales, os comunicaré sus instrucciones.

MORALES.

De todos modos, bienvenidos, señores: y sean cuales fueren las instrucciones de vuestro hermano, escribidle que con urgencia le aguardamos mañana en la casa de la señora Cañizares, que, por su inmediación al cuartel, nos parece la más adecuada á nuestro objeto. Pensemos, ahora, en la ejecución de la empresa.

ANTE.

Nada más sencillo: Salinas y Zaldumbide nos responden de la parte militar; armamos después á los nuestros, y yo me encargo de aprehender al Conde Ruiz de Castilla.

QUIROGA.

Y en obsequio de su edad, designémosle por prisión su propio palacio, no obstante los desafueros de que se ha hecho reo.

CALIXTO.

Ah! ni para pensarlo. La generosidad para con el enemigo, en tiempos de revuelta, es crimen de amargas consecuencias:

RIOFRÍO.

Así como la crueldad inmotivada es mancha indeleble de una revolución. Y ese pobre Presidente, solo y vencido, ningún daño puede causarnos: presumo que todos opinamos con el doctor Quiroga.

MORALES.

¿Aprobáis lo resuelto en cuanto á la ejecución? (*Signos de asentimiento general.*)—Fijemos, ahora, los principios que debemos proclamar.

MIDEROS

¡Cómo! Vamos á discutir nuevamente acerca de lo que es el alma de nues-

tra empresa? Muerto el coloniaje, qué otra forma para nuestra sociedad, sino la república?

QUIROGA.

La república es virtud, joven Mideros, y ella nunca brotó de un sepulcro. La América toda es un inmenso cementerio: y preciso es antes ese soplo divino de la visión de Ezequiel, para que estos huesos se animen, y revestidos de carne, se pongan en movimiento, y así, con nueva vida, se conviertan en templos de la virtud; y ese soplo va á ser nuestra revolución.

SALINAS.

República ó lo que fuere, me es indiferente: lo que quiero es América para los americanos, patria exclusivamente nuestra para nosotros. No más dominación extranjera; y feliz yo, puesto que sucumbo en mi propósito.

CALIXTO.

República? ¡Oh no! yo jamás estaré por ella. La república es nada menos que la anarquía, la palestra de la iniquidad con sus pretendidas igualdades, el aborto de la filosofía moderna: una perpetua mentira, la negación del catolicismo, tal para mí la república.

RIOFRÍO

Nuevo error y éste más deplorable que el otro, Señor de Calixto. No es la religión cristiana enemiga de otra forma de gobierno que de la del crimen, esto es, del monstruoso absolutismo. No, la Religión divina de Jesús jamás considerará de origen celeste la usurpación de toda individualidad, de toda garantía, de todo síntoma expontáneo de vida, en una sóciedad, en provecho de un sér priviligiado. Pero uno es lo ideal de una revolución, y otro muy distinto lo hacedero, lo práctico: sacrifiquemos algo de la gran-

diosidad de nuestros principios en aras de la necesidad política ¿Podemos romper abiertamente con la Metrópoli? Podemos con la fuerza echarle al rostro las cadenas que con la fuerza nos la impuso?

MIDEROS.

Que es mentira perpetua la república, ha dicho el señor de Calixto; y para que viniese Grecia á ser envidia y gloria del género humano, preciso fué que se arropase con el manto de esa hermosa mentira. Y para que Roma se conquistara el cetro del mundo y se envaneciera con hombres cuales jamás ha brotado la tierra, fué también preciso que primero se robusteciese á los pechos de esa radiante mentira. Mentira la república! Y Florencia y Venecia y Génova . . . . ?

PEÑA.

En las más negras centurias de la Historia ¿cuándo fueron el asilo del es-

píritu humano y el emporio de toda riqueza, sino cuando los vivificaba el aliento de esa fecunda y luminosa mentira?

MIDEROS

Mentira la república! y ved al norte de este mismo Continente ese inmenso Gigante, que presto será el asombro del orbe, ese Gigante que se cría y vigoriza en brazos de esa omnipotente mentira, de esa república que tiene un Washington y un Franklin por arrulladores de su sueño infantil!—No desconozco lo mucho que tenemos que ceder á lo que llamáis necesidades de la política; pero no nos desatemos en despropósitos, ni intentéis estrujar en flor la ilusión de la juventud que represento, la ilusión por la que se apercibe al sacrificio, esto es, la creación de la república.

QUIROGA.

Esa forma, señores, indica virilidad, robustez, superabundancia de vida en el

pueblo que la adopta; y dónde está nuestro pueblo? Lanzados á la liza con ese lema, por otro lado, ¿seríamos siquiera comprendidos en estas regiones? ¡Con qué placer y cuántas veces yo lo acercaría á los labios de mi ternezuelo el suculento bocado que estoy paladeando con delicia! pero como sé que aquello le sería la muerte, bésole con ternura desde luego; y apártome y le dejo colgado del repugnante pezón de la nodriza. Démonos, pues, gobierno nacional, sí; más respetando todavía esa sombra secular y fascinadora que, tanto tiempo ha pesado sobre América.

El Marqués de Villa Orellana.

Sí, sí: gobierno nacional; pero siempre sometido á nuestro Rey y señor, á quien lo justo sería que le obligásemos á elegír delegados suyos entre los nobles de sus dominios,

MONTUFAR.

Justísimo, sin disputa, lo que dice el señor Marqués é idéntico es el sentir de mi hermano el Marqués de Selva Alegre. Patria, gobierno nacional; he ahí nuestro objeto, pero siempre al abrigo de nuestras sagradas instituciones.

MIDEROS.

Como gobierno de transición, sea. Mas yo no alcanzo á columbrar en América ese poder tan incontrastable de que habláis, señor de Montufar.

PEÑA

Derribado el cedro ó el hermoso pino de medio del jardín, por gallardas y vanidosas que sean las plantas que le servían de alfombra muy ridículas serían las que pretendiesen manjonear de herederas del magestuoso sultán. Sacudido el coloniaje, señores, no concibo otra primacía que la del mérito positivo.

MIDEROS

Sanchistas, Montufaristas! .... Plegue al cielo que vuestra presencia en la primera penumbra de la patria no sea ominosa, no sea el fatídico agüero del mezquino personalismo, gangrena la más incurable de la república. Porque persuadíos, por más que á la necesidad cedamos hoy, América está llamada al desarrollo más fecundo y progresivo del espíritu humano, á la república democrática .... Os sonréis de mi fé? En hora buena, sea yo la primera víctima en las aras de esa, para vosotros, mentira ó sueño, de esa república, digo, que aquí en nuestros Andes, si bien entre terribles sacudimientos, fijará definitivamente su imperio.

MORALES

Dios, Rey y Patria, he aquí el lema de nuestra revolución: Dios, porque nuestra adhesión á la religión de Jesús es sín-

cera, Rey, porque todavía nos es necesario su nombre; y Patria porque tenerla, crearla es nuestra aspiración suprema. Desconozcamos las autoridades locales, démonos instituciones propias, pero protestando contra la usurpación de Bonaparte y ofreciendo mantener á la devoción del Soberano estos sus dominios, que se arman para defenderle ó defendernos. Os unis, señores ingenuamente á mi parecer (*Menos Mideros y Peña, dan todos muestras de asentimiento.*

MIDEROS.

Respetamos el acuerdo de la mayoría; más sepa la posteridad que hubo una voz al menos en favor de sus grandiosos destinos.

QUIROGA.

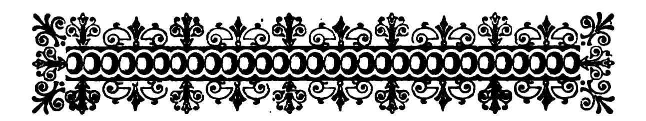
La de casi todos, noble mancebo, fuera mejor que dijérais; pero que por el advenimiento mismo de esos destinos,

sacrificamos ahora nuestras más profundas convicciones, tan sólo por asegurar la victoria

MORALES.

Pues bien, nos urje la hora. No os descuidéis, Peña, de vuestro correo.—Los vocales de la Junta mañana serán elegidos por estamentos; y á las diez, caballeros, todos en la casa del Sagrario.





ACTO SEGUNDO.

El salón del Palacio de Quito que da á la plaza: puerta principal en el foro y otra disimulada y practicable á la derecha del espectador: en la colocación de los muebles y en todo lo demás se dejará ver abandono. Una sola lámpara en una consola, junto á la cual aparece LOLA con costura á la mano, y á su lado ROSAURA con un libro, como si leyese.

ESCENA PRIMERA.

Lola y Rosaura.

LOLA.

Basta ya, Rosaura, de lectura: para una alma desconsolada, que mudo es hasta el libro más elocuente.

ROSAURA.

Y en este salón, Dios mío! quieres helarte, Lola?

LOLA.

Bien parecido á mi corazón, ¿verdad? si por lo triste, si por el supersticioso respeto que á otros inspira; pero también el más á propósito para mi secreto.

ROSAURA.

Y te imaginas que lo será eternamente así á tu voluntad? Lola mía, ya lo sabes, mañana no estaré contigo: en estos meses, como de costumbre, me llevan al campo, en donde pensé que me acompañarías; y calcula cuál será mi vida allá al no saber el rumbo que tome tu suerte.

LOLA.

¿Me crees, pues, desgraciada? Y cierto, mucho que lo sería sin estos instantes que tú me los enrostras como delito.

ROSAURA.

¿Y él te visita aquí con frecuencia?

LOLA.

Figúrate si nos serán fáciles estas misteriosas entrevistas; pero sólo el esperarlas es mi vida. Oh, cuán amargo es de veras aguardar la única hora de felicidad, y ver á menudo cómo esa hora acaba, y termina también la siguiente, y comienza otra, quizá más larga, y todas estrujando lentamente la flor de nuestra esperanza!

ROSAURA.

Pero en esta pasión palpo yo tu desdicha: imposible que tu padre la apruebe; y sabe Dios qué lluvia de pesares te amenaza. Ah, creémelo, más te hubiera agradecido tu silencio! Lola mía, vamos, si aciertas á volver sobre tí, si aun logras extirpar de tu alma . . . .

LOLA.

Basta! Si cediendo á tus instancias, hice mal en revelarte la causa de mis quebrantos, perdóname; pero tarde viene ahora toda reflexión No de mi alma solamente, de mi mano también es ya dueño Mideros.

ROSAURA.

¿Qué dices?

LOLA.

¡Y qué! A tener libertad, á no rodearnos este misterio que me afrenta, de qué me quejaría?

ROSAURA.

¡Si estoy soñando! . . . Pero entonces, por qué tanta irresolución? por qué no un instante de valor para con tu padre?

LOLA.

Y dices que lo conoces! En su altivez,

mi muerte preferiría á esto que él llamaría su deshonra.

ROSAURA.

Pero, á más de la tuya, de todos modos desafías con tu silencio un peligro tanto más horrible cuanto más vago é indefinido: no es tal tu posición que logres guardar cuanto quieras tu secreto; y si te sorprenden desprevenida . . . .

LOLA.

Es como lo piensas, Rosaura mía: más, yo no sé qué esperanza alienta tanto á Mideros que antes se burla de mis temores y aplaza para muy pronto el término de mis angustias.

ROSAURA.

Pero, cómo ni lo sospeché? Cómo, casi viviendo contigo, ni siquiera á la imaginación se me ha venido tal suceso. Mas, ni cuándo barruntarlo, si á ese man-

cebo nunca le he visto en tu casa. ¿Dónde le conociste?

LOLA.

Si á fondo le conocieras! . . . Oh, qué irresistible es este afecto que fundiendo así dos almas en una, nos hace paladear con anticipación las delicias del paraíso. Ya me ves, cuántas sombras enlutan mi porvenir y cuántas lágrimas de hiel devoro en silencio . . . . ¡Pero si amo! ¡Si soy amada!

ROSAURA.

Ya concibo que el dueño de alma como la tuya, muy envidiable debe de ser; pero en la rijidez de nuestras costumbres, en tu aislamiento, abísmame cada vez más este misterio.

LOLA.

Larga para referida es nuestra historia, que no comenzó ayer y que espero se prolongará hasta la eternidad. En dos

palabras: casi, casi no llego, hermosa criolla, á las faldas de tu decantado monte. Iba ya para tres días que ni se bamboleaba nuestro bergantín. ¿Sabes lo que la gente de mar llama calma-chicha? ni un soplo, ni la más ligera brisa en un océano de aceite; la inmovilidad absoluta en donde quiera y por lo regular bajo un cielo de bronce; el fastidio, el tedio, la agonía en la tripulación. Pues bien, para medio distraerme, púseme en el puente á echar migas á los pececillos que saltaban en torno de nuestra embarcación. Algo distante estaba de mí el joven Mideros, quién hasta entonces apenas me saludaba, tocándose la gorra; pero con el rostro más encendido que una granada. ¿Fué torpeza mía, fué vahido ó esa atracción, cuanto embriagadora, irresistible del peligro? No lo sé; es lo cierto que cuando para cerrarlos otra vez, abrí los ojos, como del sueño de la muerte, víme en los brazos de ese mismo joven, tan empapado y tan pálido, como de seguro yo lo estaría.

ROSAURA.

Qué horror, Dios mío! De suerte que, sin él . . . . . .

LOLA.

Las entrañas de los tiburones habrían sido la tumba de tu amiga. Qué esmero después en los cuidados de mi nuevo amigo, qué constancia la suya y qué delicadeza, durante la larga enfermedad que sucedió á tamaño riesgo! —"Juana, vete á darle estas cuatro onzas á ese guapo doncel que salvó á mi hija", fueron las palabras de mi padre á mi doncella, una tarde en que me vi casi restablecida.

ROSAURA.

Pues no sabes que se trataba de un *criollo*, de un *hidalguillo de gotera* á lo más? Pero en el fondo, no lo niego, bueno es, muy bueno tu padre el Señor Conde.

LOLA.

Pero valga la verdad, corrida yo de ese insulto á mi salvador, pronto, *después* . . . . y á qué seguir adelante? Para el corazón que ama, de oro son las páginas siguientes á semejantes prólogos. También á tí te vendrá este *después*, y ojalá que no con tantas lágrimas como á tu amiga le ha costado. Mas ya es tarde.

ROSAURA.

Sé más franca, dí mejor que . . . .

LOLA.

Sí, no te lo niego: á las doce debió estar aquí; y como tan urgente me designa esta cita, mucho me inquieta su tardanza.

ROSAURA.

Voime, mas no á dormir, sinó á esperarte para que tranquilices esta al-

ma, que tan fuera de su centro la tienes con tu confidencia.

LOLA.

Que ni te sientan, Rosaura mía.

ROSAURA.

Descuida, más no tardes mucho (*Vase.*)

~~~~~~

ESCENA II

LOLA (*que hará la que cose un instante, y después de estar un rato en la ventanilla que habrá á la izquierda, vuelve afligida á su sillón, diciendo:*

Y no asoma, no asoma! Qué voz tan lúgubre han tenido en estos valles las
~~~~~~

noches de Agosto, y más para quien como yo, nacida á orillas del mar, evoca en estos bramidos tantos recuerdos, tantas imágenes, ya lejanas como mi niñez, ¿Serán quizás estas ráfagas un largo y desesperado sollozo de mi hogar abandonado y que talvez ya no veré?—Noches arrobadoras de mi dulce cielo meridional, á qué distancia y en qué soledad pongo aquí el oído á extraños vientos; y ya con cuántas arrugas en el corazón y con cuántas nubes sobre mi frente! . . . .—Cómo! eres tú por fin?—(*Aparece Mideros por la puertecilla disimulada.*)—

ESCENA III

Lola y Mideros.

LOLA.

Ah, cruel! (*abrazándose*)

MIDEROS.

Lola mía!... Desesperaba ya de verte: perdóname la tardanza. Vanos han sido mis esfuerzos para estar más pronto á tu lado, hoy en especial que como nunca he menester del fuego de esos ojos que da calor á mi vida. Pero por qué así, por qué esas lágrimas, amor mío?

LOLA.

Sabes que ésta es mi única dicha; y siempre tan avaro conmigo; y dices que me amas!

MIDEROS.

Y yo conozco otra, bien mío?... Pero considérame... hay deberes tan sagrados....

LOLA.

Y á mí se me figura que no tengo otro que el de amarte. Algún solaz, alguna distracción por lo menos, quizás, á tí te

proporcionan tus otros deberes; pero á mí . . . ah, Mideros, ya no resisto á este quebranto! Me conoces, no soy nada mujer ni ante el peligro; pero tu ausencia, pero este misterio, esta agonía indefinible del corazón . . . Forzoso es ya poner término á situación tan falsa como congojosa: eres mío ante Dios; venzamos todo obstáculo y llámame tuya también ante los hombres.

MIDEROS.

Se acerca ese instante, Lola; pero dime ¿no quedan compensados tus martirios, al sabrosear estas horas de cielo? Yo no sé, lejos de tí, paréceme que agonizo; y también como tú, sigo al tiempo paso tras paso en su fastidiosa medida. Pero este misterio en nuestras entrevistas, esta inquietud que aquí nos acompaña, la dificultad con que aquellas logramos, esas despedidas súbitas ó esos adioses que nunca tienen fin . . . Lola mía, no son estos los dulces hurtos del

amor? El amor feliz y al instante coronado, imposible que disfrute de estos celestes deliquios que, desprendiéndonos por completo de la tierra, reducen todo el universo á nuestro corazón. ¡Pero si te veo, aspiro tu aliento . . . y qué voy á envidiar?

LOLA.

Lo estás confesando: siempre el hombre tan egoísta hasta en el amor! No así nuestro corazón: como el amor es nuestra vida única, no buscamos en él nuevos incentivos, no le pedimos refinamientos. Verte, disfrutar de una sonrisa tuya que me aliente en mis propósitos; ó lograr con una mía conjurar las negras olas de tu desaliento, he aquí la felicidad que codicio y que no la saborearé hasta que libremente pueda llamarte mío.

MIDEROS.

¿Qué fecha es hoy, amada mía?

LOLA.

¿Y á qué esa demanda? contamos nueve.

MIDEROS.

Ve el reloj.

LOLA.

Ah, cierto! Dos horas de espera, Mideros! estamos en la mañana del diez.

MIDEROS.

¡Del **Diez de Agosto**!

LOLA.

¿Qué? No fué broma lo que me dijiste? Seré tan feliz... *(Abatida)* Oh, no me engañes!... Vale más nada esperar, que regar con lágrimas de sangre las cenizas de una ilusión desvanecida.

MIDEROS.

No sólo para nosotros, Lola, el Diez de Agosto va á ser la cuna ó el sepulcro de la felicidad.

LOLA.

Pero algo pavoroso entraña tu acento: tu mirada es grave, y á pesar de tan regalada oferta, siento que el alma se me encoje.

MIDEROS.

¿Has podido olvidar tu Andalucía?

LOLA.

¡Olvidarla! . . . Sólo tu poder alcanza á tanto; pues á tu lado solamente ni sé si vivo; mas yo olvidarme de mi patria?

MIDEROS.

Pues yo también quiero patria, amada mía; y patria es no solamente el cielo que sonrió á nuestra cuna. También el

alma tiene su patria, y es ese amor entrañable á las leyes, costumbres y hasta preocupaciones que constituyen una sociedad especial, una comarca con vida propia. De su ergástula nunca recuerda el esclavo, sino con horror ó para maldecirla. Fíjate en la diferencia: tú, á boca llena y rebosando placer, respondes que eres andaluza, cuando por tu patria te indagan; y yo, ¿lo recuerdas? apenas pude responderte, y con rubor que era *criollo*, cuando en nuestra primera cita me preguntaste, á bordo de la *Numancia*: *¿de dónde* es usted?. Bien, pues, los americanos no tenemos patria, y hemos de dárnosla.

LOLA.

¿Insistes, por Dios, en esta tema?

MIDEROS.

Que hoy se convertirá en palpable y hermosa realidad.

LOLA.

No me mates, Mideros: hiéreme, en tu confidencia, el filo de un puñal.

MIDEROS

Nada tienes que temer... á lo menos por hoy. La esposa de Mideros no se llamará condesa ni marquesa; quépame, por lo mismo, la gloria de rendir un laurel y no despreciable á los pies de la hechicera *ciudadana*.

LOLA.

En todo has triunfado de mí, como has querido: más soy americana que española; *criolla*, *patriota*, *insurgente*, todo lo soy, porque tú lo eres; pero no más, te lo he rogado, ni una alusión á esa revuelta tan cargada de crímenes.

MIDEROS.

Cuidado, Lola! También te lo he dicho: los crímenes de una revolución, son

como las algas, como las inmundicias que arrastra el Nilo, cuando sale de madre; allá vanse quedando en las orillas, para que la historia las recoja, si de ello gusta; pero la idea, pero el río prosigue más arrogante en su curso, arrollando todo lo caduco y lo inútil, y llevando á todas partes la fecundidad y la vida. Por más que vosotros los apegados á lo pasado maldigáis del 89, todos, bueno ó malgrado, hemos de llevar en el alma su chispeante marca, y hemos de participar, aun sin pensarlo, de sus preciados frutos. En nuestra acta misma, maldecimos de Bonaparte; y si no fuese por ese sacudimiento que á la humanidad ha imprimido esa Revolución de la cual es hijo ingrato aquel afortunado barredor de reyes, ¿habríamos ni siquiera soñado en *Independencia* en este miserable rincón del Pichincha? *Revolución que dará la vuelta al mundo* es esa, Lola mía, y que no terminará ni en este siglo, y á cuya eficacia deberá el mundo la nueva faz de sus destinos.

LOLA.

Acta dijiste? explícate con más precisión.

MIDEROS.

Quizás lo haya dicho; y para qué ocultártelo? Sí, hoy irradia en los Andes el alba de nuestra emancipación!

LOLA.

Hoy? *(Levantándose asustada.)* Y mi padre? . . .

MIDEROS.

Nada temas, aquí estoy yo; y por salvaguardia . . .

LOLA.

Pero la sorpresa, el susto, por lo menos . . .

MIDEROS.

Cálmese, niña de mis ojos: absolutamente nada tienes que temer por él, ni

por nadie: respeta su sueño, Lola, tanto siquiera como nosotros.

LOLA.

Pero, Mideros, si esta conspiración . . . Mira, no soy nada supersticiosa: desde que tú me diriges é ilustras, antes de *filósofa* me las daría que de hija de la Metrópoli. Pero antenoche . . . qué horror, me espeluzo al recordarlo! Parecióme oír tu silbo,corro á la ventana, y como si intencionalmente allí me hubiese estado aguardando, dióme un aletazo en la frente el ave de mal agüero, pero chirriando, chirriando, con ese chirrido que hiela. Calcula mi susto, y más cuando simultaneamente se me figuró que te divisaba al pie de tu arbol, pero . . . mostrándome tu pecho cernido de balas.

MIDEROS.

(Después de un corto silencio y con una sonrisa forzada.)

Quimeras, Lola, vanos fantasmas de

la noche; cuando la devoramos en el insomnio y la desazón.

LOLA.

Sea; pero ¿creéis, caballeros, despertar impunemente al león de Iberia? Mucho se ha enervado á las plantas de los Borbones, no lo niego; y aun así, confesadlo, hubo día en que el mundo se extremeció á sus rugidos. Y en caso de resistencia, tan natural por parte de España, qué podrá Quito con todo su heroísmo, pero desvalida y casi inerme ante esa fiera?

MIDEROS.

No temas, Lola: á muerte está combatiendo ahora tu león con el águila del Imperio, y ni sueña que también á muerte tiene que luchar en estas regiones.— La fuerza de esta Capital es nuestra; y nuestra revolución será una llamarada que en el acto convertirá toda la América en monstruosa hoguera: dénnos so-

lamente el tiempo necesario para aparejarnos á la lid, y el triunfo no es, no puede ser dudoso.

LOLA.

Pero sólo en Cuenca está Aymerich; en Guayaquil, Cucalón, y el Gobierno de Popayán dispone de fuerzas no despreciables: vosotros podréis armar alguna gente. pero soldados, nó; ah, convéncete, es descomunal y por demás temeraria vuestra empresa!

MIDEROS.

Eres española, amor mío, y te olvidas de tu historia! Sin Pelayo y sus cuatro montañeses, te gloriarías de pertenecer á la más heroica de las modernas naciones? Eres española, y no quieres que los descendientes de una misma estirpe participen también de sus virtudes! Veamos si no en vano les debemos el único dón que nos enorgullece; veamos si como nuestros padres, también nosotros sa-

bemos romper extranjeras coyundas. El pueblo que lidia por su emancipación y libertad, padecerá, talvez, duros reveses; pero es indomable, porque es digno, desde luego, de esa libertad que le puso en armas. Ah, si fuese capaz España de comprender sus verdaderos intereses, mejor le vendría respetar ahora nuestra voluntad! Mal ó bien, de madrastra ó madre, ya ha cumplido su tarea: retírenos su tutela, despídase con cariño de sus hijos entrados en mayor edad, para que más tarde, cuando también ella haya menester de nueva sangre que la regenere, la busque aquí, como en su propia casa, y halle siempre hijos que la respeten y se gloríen con sus blasones.

LOLA.

En afectos é ideas, lo sabes, tuya soy toda yo: mía es pues tu exaltación, así como todo mío será tu infortunio. Me asombra la sublimidad de vuestro propósito, porque penetrada estoy de sus grandiosas é incalculables consecuencias; pe-

ro podré resignarme... á perderte, Mideros? *(Silencio.)* Ah, no nos alucinemos! Aun dado lo imposible, la victoria segura é incruenta por parte vuestra, no ignoras que toda revolución es como Saturno, "la feroz devoradora de sus propios hijos", y en especial de los mejores. Tú no eres de aquellos que para una empresa de la laya, calculan primero las contingencias y arriman más ó menos el hombro, á medida de sus esperanzas ó temores. Alistado tú en esa causa, tienes que ser de los primeros, ¿y hubo libertador de un pueblo que haya sorteado la cruz ó la cicuta con que le galardona la ingratitud? Mientras más sublime es el destino de esas almas, como que les es absolutamente forzosa la aureola del martirio, para pasar así radiantes á la inmortalidad. Y perderte, Mideros, perderte... y en la aurora misma de mi felicidad?...

MIDEROS.

Y me decías que vosotras las mujeres

no sois egoístas! No te oiga por tercera vez estos presentimientos de muerte, amada mía, si en verdad no me quieres cobarde. Que á lado tuyo, me presentes ese fantasma, Lola! Pasemos á otro asunto: hoy me deberá tu padre un servicio.

LOLA.

(Sonriéndose.) Y con otras cuatro onzas de oro, lo tendrá por más que pagado.

MIDEROS.

Y á qué te empeñas en traer á la memoria escena, que más te abochorna á tí que á tu rendido, pero despreocupado amante?

LOLA.

Y por qué no la he de recordar con frecuencia, si ella fué el origen de mi dicha? Mideros, qué mágia es la tuya

que, á tu lado, todas las sombras de mi alma se disipan y sólo un sueño deleitoso me parece la existencia? Oh, puesto que hasta su término se deslice oscura, busquemos tan sólo nuestra felicidad! No es inexorable el corazón de un padre; y á la postre, también el mío nos tenderá sus brazos. Aquí ó en mi amada Andalucía, necesitamos de laureles para ser dichosos?

MIDEROS.

Y la voz del deber, no es más poderosa que la de la propia felicidad? Imagínate, dueño mío, si cuando caiste en el mar, hubiérame quedado cruzado de brazos, contemplando tu batalladora agonía; ó dando á lo más gritos para que otros te favoreciesen ¿habría latido satisfecho mi corazón? Y en oceano más amargo é insondable está sumergida mi patria; y aún puedo salvarla; y aún me implora auxilio en su larga y horrenda batalla. . . ¿habría holganza posible para nosotros,

si cerrando los oídos á sus sollozos, la dejásemos sucumbiendo allá, sólo por no sacrificar la contingencia de nuestra dicha!

LOLA.

Pero á fé, Mideros, tu patria no está preparada para su salvación, tu pueblo no es pueblo: hato de raza híbrida, sin tradición, sin lema, sin el conocimiento siquiera de su propia abyección ¿cómo os ha llegado á interesar, pobres vicionarios? Trabajad, sudad por educarle; morid por él, morid por su ilustración primero; y aun así, muy tarde vendrá á conocer lo que es la libertad, y más tarde aún las virtudes que son necesarias para merecerla, y conquistarla, y poseerla en plenitud.

MIDEROS.

Y cuándo, sin comenzar se ha consesegundo preparar un pueblo para la libertad? ¿Te ufanarías en tu melado, Lola, si hubieses aguardado que de suyo ad-

quiriese esa blandura de boca y esa gallardía con que en el Egido campea al llevarte sobre sus lomos? El vulgo, por naturaleza, es pesado, insensible, inerte; y si á una piedra no se la empuja, la verías jamás moverse? Y sello especial y único brilla en la frente de los elegidos por la Providencia para este sobrehumano empuje. Oh. . . . .á estar con nosotros mi condiscípulo y amigo Simón! . . . Si vieras esos ojos, Lola, en ellos chispea el dios de lo porvenir; oyes en su acento el trueno que anuncia la tormenta, ó el fragor del torrente que te arrastra en su curso, y su sonrisa es la misma que la de la victoria. Me engañarán mis presentimientos? pues, tengo para mí que del aliento de ese jóven está pendiente la suerte de las Américas.

LOLA.

Siempre tan constante en tus afectos; siempre tu caraqueño el tema de tus pláticas.

MIDEROS.

Ni cómo olvidar á Bolívar! Rara vez y muy poco podemos mirar en el luminar del día ¿y acertarías sin embargo á sofocar su imagen en tu memoria? Bolívar es el sol de mi alma: no le veo, pero aquí está deslumbrándome con la magestad de su disco.—Cuando á venir nos aparejábamos, él se dirijió á esa otra Península, más hermosa, acaso que la tuya: las ruínas, pues, del Coliseo ó cima del renombrado Capitolio son probablemente ahora el objeto de sus contemplaciones. En el Colegio era el corifeo de los Américanos: sus juegos, siempre combates; su embeleso, la espada; y la política, en sus más recientes y profundas apreciaciones, el tema invariable de sus pláticas. En sus ejercicios de florete, mucho gustaba de tomarle á él por rival tu príncipe Fernando.

LOLA.

Ah, le conociste personalmente?

MIDEROS.

Y ojalá que como tu ave no te sea yo de mal agüero; un nuevo Tiberio ú otro Felipe II paréceme que está amamantando España en ese medio lobo y medio zorro que llamáis Príncipe de Asturias. Pero desde que, en uno de los lances de la raqueta, le derribó Simón la gorra al suelo, mohino se retiró el principillo, y no volvió á medirse con el criollo: no creo yo en agüeros, pero desde ese día, Bolívar es sagrado para los Americanos.

LOLA.

Y cuentas entre tus camaradas, con almas de igual temple?

MIDEROS.

De igual temple Lola? . . . No es tan pródiga la naturaleza de esos asombros; y cuando después de largos esfuerzos, los produce, queda como absorta y medio agotada, hasta que nuevas necesidades

del espíritu la fuerzan á igual ó más laboriosa gestación.—Entre los ya provectos, hombres tenemos que serían gloria de los repúblicos romanos: Morales, Quiroga, Salinas, el clerigo Riofrío....—tan grato en nuestròs recuerdos Lola!...—son varones de primer orden. A los demás, pobres hijos de esta cordillera, cómo osaríamos exigirles igual ilustración é idéntico acrisolamiento en su patriotismo? Y en cuanto á nuestra juventud. . . . ¡ay, amor mío! no sé cómo llamar, si desgraciada ó venturosa, la casualidad que me llevó á tu tierra, pues, es forzoso respirar otros aires, para convencernos, con dolor, de lo que en realidad somos.

LOLA.

¡Y sin embargo. . . .

MIDEROS.

¡Y sinembargo y sinembargo, prenda mía, preciso es que con su destino cum-

pla el hombre sobre la tierra! (*Suena algo lejos un tiro de cañón*).

LOLA.

(*Asustada y de pié*) Dios santo!

MIDEROS.

Cálmate Lola (*con solemnidad*). Es el saludo del Siglo Magno á esta aherrojada hija de Colón: es el Diez de Agosto Americano. . . . postrémonos ante su cuna (*ambos de rodillas y vivamente conmovidos, pero con acento antes solemne que risueño*). Viva la emancipación americana!

LOLA.

Sí, también yo la saludo, y con lágrimas Mideros! . . . pero que esta emancipación no sea la muerte de mi felicidad. . . . (*levantándose*) Ahora mi deber está á lado de mi padre, y allá me retiro, confiada en tu palabra.

MIDEROS.

Oh, no te amilanes, amor mío! Quien se arma sólo por la justicia y el derecho, ni despierta añejos rencores, ni piensa en saciar venganzas.

ESCENA IV

DICHOS Y EL Dr. Ante POR LA MISMA PUERTECÍLLA POR LA QUE ENTRÓ MIDEROS.

ANTE.

Perdonadme la indiscreción, oh adorable pareja. Díjeme, por donde entra uno, por qué no ha de pasar otro? y há días que con este objeto era yo vuestro espía, querido amigo mío. Qué queréis? los que en una conspiración ponemos la mano hemos de escudriñar hasta el últi-

mo resquicio por dondo puede escurrírsenos ó presentársenos la probabilidad del éxito; y este resqnício (*señalando la puertecilla*) lo había adivinado Quiroga.

MIDEROS.

Pero, doctor! .... (*Nuevos disparos algo distantes aún*).

ANTE.

Calma, hijo mío! ya veréis como también esta hermosa dama se sirve perdonarme; pues debéis convenceros de que mi objeto no es otro que precaver al señor Conde siquiera sea de los escarnios del populacho. Dignaos para esto, señorita, hacerme anunciar, ó mejor os estaría el retiraros: la revolución no guarda etiquetas; yo mismo me anuciaré á vuestro padre. (*Se acerca la vocería; y de súbito entra por la puerta principal el* Conde *asustado y no bien vestido.*)

ESCENA V

DICHOS Y EL **Conde Ruiz de Castilla.**

EL CONDE.

¡Por la Virgen de Zaragoza, que en mi vida esperé tal albazo!—Y voto á sanes! también aquí bochincheros? . . . . . . Bien, pues; soy vuestro, ya que me habéis cortado la retirada.

MIDEROS.

Reportaos, señor Conde: estáis entre caballeros que os respetan.

EL CONDE.

Magnífica está vuestra broma, doncel: me respetáis y ved cómo me obligáis á salir.

ANTE.

¿Recibísteis, señor, la nota que os dirigió la Suprema Junta de Quito?

EL CONDE.

Sí, Sr. y sé ya que por vuestra voluntad *soberana*, me destituís del cargo que debo á la piedad de mi único y augusto Soberano: ¿qué más queréis áhora? también mi cabeza?

ANTE.

No os trastorne tanto la sorpresa, señor Condé, hasta rebajaros al insulto. Sois nuestro prisionero, esto es, de la Patria; y tan sólo hasta que ésta se dé y consolide sus instituciones; y como para ello no ha menester de torturas inútiles, este mismo palacio será vuestra prisión.

MIDEROS.

Pero, apartémonos á lugar más retirado; y no expongáis, os ruego, vuestra dignidad, presentándoos á las turbas. (*Suena más cerca el vocerío.*)

El Conde,

¿No sois vos nuestro antiguo compañero de viaje? Min . . . Mi . . . Perdonadme, ya no recuerdo vuestro nombre: qué os haya de ver tan sólo en trances apurados!—Y cómo! también vos, señora, sois de los conspiradores?

Lola.

¡Y en trance tal no había de volar á vuestro lado?

El Conde.

Pero . . . . ó habéis madrugado con exceso, ó dormísteis vestida. (*Golpes á la puerta.)*

Ante.

Oís? Están ya aquí. Llevadlos á otra parte, Mideros: pronto se despejará el campo y quedará tranquilo en su casa el señor Conde. (*Vase Mideros con* Lo-

LA *y el* CONDE, *y en el acto abre* ANTE *las puertas principales, por donde entrarán en orden los conjurados. Entre la turba que se supone en la plaza resonarán á menudo los gritos de* "Viva la Suprema Junta de Quito!" "¡Abajo los franceses!" "Viva la Patria!" "¡Muera el trai dor Bonaparte!" "¡Viva el príncipe Deseado! *etc.)*

ESCENA VI

Morales, Quiroga, Ante, Montufar, Peña Y VARIOS OTROS CONJURADOS.

MORALES.

¡Silencio! (*Voces que repiten lo mismo; y después de un momento de silencio con toda solemnidad*): En nombre de Dios y del Rey, y por unánime voluntad de este leal pueblo, declaramos libres é

independientes de todo poder, que no fuere el de su legítimo Soberano, todas las tierras y asientos comprendidos en la ínclita Presidencia de Quito. El escribano de Su Majestad convoque inmediatamente á la Casa de Cabildo á todas las clases y estados para la definitiva y legal elección de los miembros que han de componer la Suprema Junta de esta Presidencia. El Coronel Salinas y el Comandante Zaldumbide responderán del orden público, vigilarán por la disciplina y moralidad de las tropas existentes, y organizarán las que la Suprema Junta creyere necesarias para su seguridad y defensa. En cuanto á mí, instalada la Magistratura, por la elección convocada, resignaré en sus manos el poder provisional con que me habéis honrado.

QUIROGA.

Quiteños! Bendigamos al Altísimo: estamos tocando el instante más solemne de nuestra historia: hoy nace la Patria. ¡Hoy nos despojamos de la igno-

miniosa librea que de siervos hemos llevado, para coronarnos con la diadema de la dignidad de hombres; hoy baja la felicidad pública á establecer su morada en este valle, regado antes de lágrimas y sembrado de aflicción y dolores. *Hermanos*! Oh qué dulce es saludarnos por primera vez con este ternísimo nombre! Hermanos, Dios y Patria! oid los suaves acordes que arrullan la cuna de nuestra nacionalidad naciente. Desapareció el despotismo, y desciende de los cielos, á ocupar su lugar, la Justicia: día éste verdaderamente sublime, día que será asombro de nuestros hijos. Lejos ya los temores de un yugo férreo y embrutecedor: educación para todos y las fuentes del saber francas y abundantes para todos, este es nuestro ahinco. Lejos las funestas trabas impuestas á las artes, al comercio, á la industria: ennoblece y santifica al hombre el trabajo, él es el manantial del progreso; pero el trabajo, sin la acción libre del individuo, sobre estéril, es degradante y matador. Lejos las

inquietudes de las desastrosas consecuencias que traen consigo la anarquía y las sangrientas empresas de la codicia: hijos todos de una misma madre, á quién hasta el delirio amaremos, embellecerla, levantarla, ponerla al nivel de las naciones más ilustradas y prósperas, tal será el blanco de nuestras aspiraciones. Armando estamos, sin duda, la tempestad que aniquilará nuestras cabezas; pero cuando, á la sombra de la paz y á los concentos de una civilización avanzada y robusta, se despierten nuestros hijos y piensen en la miseria y las aflicciones que por tres siglos atormentaron á sus abuelos ¿no bendecirán enternecidos la memoria de sus padres que, por darles á ellos nación independiente, fuente primordial de toda grandeza y ventura, nos ofrecemos en holocausto? . . . Pueblos del Continente americano! favoreced nuestros designios, reunid vuestros esfuerzos al espíritu que nos inspira é inflama.

Seamos unos, seamos libres y felices.

Conspiremos unánimemente al individuo objeto de morir por esta Patria que acabamos de conquistar.

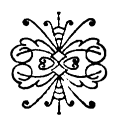
MORALES.

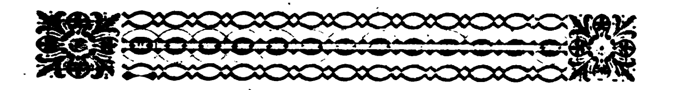
Quiteños! Viva la emancipación americana!

TODOS.

¡Viva!

Telón rápido.





ACTO TERCERO.

Salón lujosamente amueblado en el Palacio.

ESCENA PRIMERA

Arredondo, Fuertes-Amar, Arrechaga y Calixto.

ARREDONDO.

Voyme aburriendo, vive Dios, con estos estilajos de la etiqueta; más fastidiosos que cansado predicador y más insoportables que una ochentona en la enu-

meración de sus achaques, han de ser estas serenísimas altezas, cuando dan en la flor de obligarnos á estas interminables antesalas.

ARRECHAGA.

Y qué quereis? Mientras se emperejile, y se ensortije la peluca, y la polvorée, y paladée largo rato su chocolate, y se aliñe todas las arrugas de su pechera; y mientras se encaja sus dos misas en toda el alma y su reverendo almuerzo en todo el cuerpo, claro, como se ha de dar alguna prisa nuestro vejestorio? La culpa es nuestra, señor Arredondo, quc conociéndole, madrugamos á papar este airecillo de las mañanas de Agosto que, como el de Madrid, mata un hombre, pero no un candíl.

CALIXTO.

Qué infortunio el de nuestra amada Madre patria, contar aquí con tal autoridad, en época tan crítica para sus sagrados intereses.

ARREDONDO

No tanto como pensáis, Señor Don Calixto, porque si el Conde Ruiz de Castilla no fuera el presidente, la Presidenta no sería tampoco, voto á sanes, ese rico pimpollo que, al regalarnos con su fragancia, nos hace echar á las espaldas todo aburrimiento. Y que es guapa la moza, canarios, como en mi vida he visto igual.

ARRECHAGA.

Y eso que la encontráis muy desmejorada, mi Coronel: la hubiéseis visto cuando apenas pisó esta tierra. . . . capaz era la andaluza de meter el diablo en el alma del oidor más cerril. Pero tan aislada vive aquí ahora, y es tal su melancolía, á lo que barrunto, que á ojos vistas, vase quedándo en sombra de lo que fué. Mas ay, pobrecilla! es muy helada la atmósfera de la vejez; y á su aliento, una flor no conserva su gallardía.

ARREDONDO.

Por lo mismo, Doctor Arrechaga, renuévese presto esa atmósfera; désele por lo menos calor. Cáspita! estará al sonar mi cuartito de hora?

CALIXTO.

Tales rumores, por desgracia, van propalándose acerca de esta doncella que . . .

ARREDONDO.

Rumores? Bah! Decir puedo que casi vivo en su casa: aquí como, aquí bebo, aquí duermo, cuando me place; y maldito yo si he logrado jamás, no diré una sonrisa, pero ni una mirada afable de sultana tan altiva á par que fascinadora; y habíamos de dar oído, ira de Dios á necios rumores?

CALIXTO

Pero como uno es recato, y otro. . . . acaso desdén hasta rencoroso. . . .pues,

no sé si con fundamento, pero se dice que con uno de los foragidos de la conspiración . . . . .

ARREDONDO.

Medíos en vuestras palabras, caballero, sí lo sois; porque, voto á briós! sabedlo una vez por todas, enamorado estoy hasta los hígados de ese palmito que Dios bendiga, y la lengua he de arrancar al fementido que ose mancillar su honor.

CALIXTO.

Ah, eso es otra cosa mi Coronel! "lo que no es en tu año no es en tu daño," reza un refrán; eso dado por cierto lo que quizás. . . .

ARREDONDO.

Habláď claro, por vida de tal; ó si sois noble . . . . *(echando mano á la espada.)*

CALIXTO.

Ah, soís vivo en demasía, caballero: yo nada afirmo, pero cualquiera otro, aún el señor Oidor, que está á vuestro lado, os dirá conmigo que desde hace poco es otra la hija del Exmo. Sor. Conde.

ARREDONDO.

Señor Fuertes-Amar? . . . . .

FUERTES-AMAR.

Era lo único que faltaba, que también á mí me barajáseis en vuestras impertinentes disputas.—Trajísteis, señor Fiscal, aquellos instrumentos?

ESCENA II

DICHOS, el Conde y el Capellán Dor. Caícedo.

EL CONDE RUIZ DE CASTILLA.

Excusad, señores, mi tardanza: como día no hay en qué no esté al reventar una

conspiración, hora tampoco ha dé haber en que dejen de atormentarme con embustes y embelecos de todo género. Vive Dios, que la paz octaviana de nuestras colonias hase trocado en una batahola de Satanás! Hoy aquí, mañana en Caracas, ya no más en Santa Fé . . . hénos aquí con nuestros Andes convertidos en regueros de pólvora.

ARRECHGA.

Un escarmiento: la horca, la horca Exmo. Sr!

EL CONDE.

Si los muertos no conspiran, como me lo aseguráis vosotros, casi siempre de su sangre brotan sus vengadores, señor Fiscal.—Esta lluvia de mentiras á cual más ridícula y absurda, que en épocas como la actual es imposible que jamás escampe, es, vive Dios, mi mayor molestia. Ya con palacio y todo van á volarme esta noche por los aires; ya en la Tola han

aparecido dos buquesirátas; ya dos mil franceses coronan Piñán; ya, ya, ya . . .

FUERTES-AMAR.

Altérese un tanto el orden público, y no ha de vivir la sociedad mas que de desatinadas invenciones y de infundados terrores. Empero, si aquella vocería escucha un varón cuerdo como si oyese llover, la autorid adsaca provecho de su sustancia para sus fines. Creednos, Excmo. Señor, este pueblo ha menester de lecciones ejemplares: escarmiento, escarmiento.

ARREDONDO.

Para el caso que hago yo de la inventiva de la canalla! con un centenar de esos perillanes en los árboles de la Alameda; ó con una prueba tangible de que no son de lana las balas de mis limeños, os respondo, voto á cribas! de que otra vez no os hacen levantar en paños menores.

EL CONDE.

No, no, pobrecillos! Harto caro están pagando una calaverada que yo calificaría á lo más, de travesura pueril. No contaron con vos, señor Arredondo, ni con vos, señor de Calixto; esto es, no contaron ni con el refuerzo que inmediatamente nos había de mandar el Virrey de Lima, ni con el arrepentimiento de estos mismos criollos que al fin les habían de volver la espalda.

ARREDONDO.

Así como no contaron tampoco ni con ellos mismos ni con la hidalguía de Vuestra Excelencia; esto es, por vida del mundo! no entró en su plan su propia impericia, su desunión, causas principales de su derrota; ni entró, igualmente, vuestra infidelidad á las capitulaciones que firmásteis.

EL CONDE.

Qué queréis? muy sinceramente que dí mi palabra; mas si conforme á

vuestro parecer, comprometo con ella la gloria de Su Magestad . . . .

FUERTES-AMAR.

Pues claro: háse oído jamás adefesio como el que sosteníais? Con el rebelde no hay fe jurada: la ley, la vindicta pública, la justicia, la justicia, sobre todo . . . ¡Bonita cosa! conspiran, se alzan en armas, os amarran, combaten, salen derrotados miserablemente . . . ¡y todo esto travesura!

ARRECHAGA.

¿Calaverada llamáis, Excmo. Señor, traición tan horrenda, sedición tan escandalosa?

FUERTES AMAR

Y eso que nada decimos de las circunstancias agravantes que ponen el colmo á tan monstruoso crimen. Conocéis mi franqueza, fuera de que yo hablo en

nombre de la ley; demasiada debilidad, hasta timidez punible habéis mostrado, señor Presidente, al remitir aquella causa al Virreinato: la dilación en el castigo lleva visos de impunidad; ya debían haber desapareido esos criminales.

El Conde;

No, señor Oidor, no quiero que en mí sólo recaiga la responsabilidad en asunto de tamaña trascendencia: una idea noble fue el alma de esa conjuración; y muy medida debe andar entonces la justicia para que, al dispararse feroz, no dé más cuerpo á esa misma idea y la exacerbe con la ceguedad. Ni palpo, además, como vos, tan abultado el delito: no desconocieron la autoridad del soberano; y á imitación de nuestras provincias ultramarinas, se creyeron con derecho para crear también ellos su Junta Suprema: he aquí todo.

ARREDONDO.

Y qué crímen más horrendo, boloño! que el que acabáis de confesar, señor Excelentísimo? Y sobre destituíros, no os obligaron á tratados ridículos y aún á separar del Gobierno á ciertos peninsulares? Y travesura pueril, tamaña osadía en miserable criollos! La América es colonia, esto es, sierva de la Metrópoli, y como tal á élla ha de quedar ligada sea cual fuere la suerte de su dueña y señora. Menos lenidad, señor Presidente: en pueblos rebeldes nada más saludable que una viva lección de terror.

CAICEDO.

Ah, señor Coronel, que nada pueda en vos mi palabra. Día y noche no habéis de explayaros más que en consejos de ferocidad y aún palpando como estáis sus abominables efectos. La intranquilidad en todos los ánimos, la falta general de trabajo, la paralización de toda indus-

tria, por el temor de tan ciega y aleve persecución, ¿qué han de producir sino este atontamiento en el pobre pueblo, esta escasez de todo recurso que de hora en hora va estrechando el corazón aún de los más acomodados, y esta hambre, sobre todo, esta hambre que en la clase desgraciada en especial va cebándose voraz y convirtiéndo la vida por todas partes en objeto de pavor?

ARREDONDO.

Tenía para mí. Padre reverendísimo, que estábamos muy lejos de cuaresma.

CAICEDO.

Pues sabed que nunca en ella habrá ayunado como ahora nuestro pueblo. Y triste ceguedad de la pasión! el día aquel de la rebelión abominable, como decis, azorada y arisca escuchaba la plebe lo que, gracias á la osadía misma de la idea era incapaz de comprender; más tanto habéis hecho ya, que de la compasión por-

las víctimas, presto ha salvado á un interés vivísimo por socorrerlas, y más presto acaso á un odio profundo contra los que son tenidos por causa única de tantos infortunios. Olvido de lo pasado, Excelentísimo Señor, y el cumplimiento fiel de lo que ofrecistéis, os hubiera sido á vos más glorioso y de más utilidad al Rey y á este pueblo.

ARREDONDO.

Vive Dios! que respeto vuestra palabra como respeto toda corona; mas no es lo mismo una prédica que poner á raya turbas rebeldes. Zapatero á tus zapatos, Excelentísimo Señor: más debéis escuchar á gente de cuenta y de mundo que á simples mascullladores de latín.

CAICEDO.

Y no en ese latín, señor Coronel, mas con la simple razón he aprendido que es injusta, bárbara la órden que habéis dado de ultimar á todos los presos en vues-

tro cuartel. ¿Han de responder éstos de lo que intenten los de afuera?

ARREDONDO.

Chusco está, vive Cristo, el Reverendo! Sobre mí, pues, ó sobre vos he de ordenar que disparen los míos, si algo los vuestros intentan? Ya veréis cómo también me exije que, si así lo quiere su plebe, me deje crucificar como Gestas. Lo saben todos. si álguien se mueve, mis prisioneros me lo pagan; pues no moverse, boloño! No es esto jugar limpio?

FUERTES-AMAR.

Está en su derecho el Coronel: son como rehenes los suyos: rehenes de la seguridad pública; y si ésta se turba, hace con ellos lo que le cuadre.

ARRECHAGA.

Sí, Excelentísimo señor; son presas de buena ley: y aun si los mata, está en su

derecho; lo rezan expresamente nuestras alfonsinas.

EL CONDE:

Hombres de ley. . . . ya lo sabemos, meros aparadores de artículos y fórmulas: para vosotros no hay ideas, no hay corazón. ¿No se ha contravenido á esta Pragmática ni ha faltado aquella tramitación en el juicio? pues muera Pedro, si bien del todo no parece delincuente. Exactamente como los médicos: el mal para ellos no está en que el enfermo sucumba, sino en que su achaque se haya mostrado rebelde á este ó aquel formulario, ó éste ó aquel apotegma de Galeno. Perded cuidado, señores: ya el señor Virey proverá lo que fuere en justicia; y mientras tanto, como lo habéis oído, buena cuenta nos ha de dar el Coronel Arredondo de los que están bajo su vigilancia. Servíos ahora esperarme un momento en la sala de audiencia. Vanas han sido nuestras intrigas para detener en Cartagena al comisionado Montufar: de un

instante á otro tocará en Guayaquil; hoy resolveremos lo que en tal caso debamos hacer.

ARREDONDO.

Recibir á Carlos Montufar como autoridad? Aquello sería recibir la insurrección bajo dosel, y en ese espejo, ira de Dios, no se verá el suspirado de la canalla! En último caso. . . . voto á sanes! ningún daño hacen los muertos.

EL CONDE.

Mucha cordura pide este asunto, señores: ya lo resolveremos. (*vanse todos, menos:*)

ESCENA III

El Conde y Calixto.

EL CONDE.

¿Tenéis algo urgente que decirme, caballero? me habéis oido, deseo estar solo.

CALIXTO.

Día tras día, se confirman mis sospechas: más aún, tengo certidumbre de que no tarda en reventar la intentona; y acaso abunde más en equidad el Coronel Arredondo que vuestro Reverendo y dignísimo Capellán.

EL CONDE.

Pero muchas de vuestras denuncias han resultado falsas, señor de Calixto, ¿hay siquiera probabilidad en la que hoy queréis hacerme?

CALIXTO.

Mideros no está en el Norte, Exmo. señor: personas verídicas le han visto en esta Capital.

EL CONDE.

Absurdo! Por expreso también verídico, sé que él está á la cabeza de esa malhadada guerrilla de Huaca. No con-

tento con haber prendido la llama de la rebelión en varios asientos del sur y dado cuerpo en donde quiera á esas perniciosas ideas que le dominan, ha ido á situarse en ese inexpugnable nudo, cortándome por completo toda comunicación con los Pastos. De más á más ha hecho ese atolondrado para merecer la horca; pero tan insolente no ha de ser que venga á provocarme en mis propias barbas.

CALIXTO.

Pues, sabedlo, Excmo. señor; con estos propios ojos le he reconocido al travéz de su hábito de agustino.

EL CONDE.

Vos? .... y por qué no le aprehendistéis?

CALIXTO.

No le conocéis acaso? lleva ese mozo á Satanás en el cuerpo, y además yo no estuve armado.

EL CONDE.

Lástima que lo que os sobra de perspicacia os falte de brío! Y dónde le encontrásteis? . . . . Yba solo?

CALIXTO.

Solo, sí, Excmo. señor; pues primero salió Landáburo de la casa de Albán; otro embozado después, que me pareció Echanique, si bien no le juraría; luego otro más, y á poco rato nuestro fraile, mal avenido por supuesto con su capuchón, pues le conocí al instante; y siguiéndole con cautela . . . . á qué no adivináis en dónde se refugió?

EL CONDE.

Pán, pan: hablad claro, no estoy para acertijos.

CALIXTO.

Pues, se introdujo en vuestro propio palacio, por la puerta de atrás.

EL CONDE.

Os oí talvez mal? aquí dijisteís? . .

CALIXTO.

Me habeís oido perfectamente.

EL CONDE.

Quimeras! estaís soñando, don Pedro.

CALIXTO.

Excmo. señor! . . . mi cabeza . . . .

EL CONDE.

Y parece en verdad que no la lleváis muy segura en vuestros hombros . . . . *(como hablando consigo)* Landáburo, Echanique, Albán. . . . . coinciden estos nombres con el anónimo de esta mañana; pero aquí en palacio? . . . ya aclararemos este misterio. Intentarán en efecto otra torpeza estos miserables?

CALIXTO.

Y lo dudáis, Excmo. Sr.? No miráis en la insolencia del populacho? Pisamos sobre tizones mal apagados, y si con torrentes de sangre no los extinguimos, más horrendo é irremediable que el anterior va ha ser el incendio que están al atizar. Con tener encadenados á los cabecillas crée V. E. todo asegurado? Fuera de que no todos cayeron en la que les tendimos, ay! viéndolo estais, cuán rápidamente van propagándose esas malditas ideas de emancipación y libertad! Y unido á este pernicioso germen el ahinco de libertar á los que llaman víctimas de vuestra tiranía, mirad si presto no se verán aguijados hasta la temeridad.

EL CONDE.

Pero, cuatro descamisados . . . y á lo más con cuchillos . . . En fin, esperadme támbién vos en el despacho: someteré á la consideración de la audiencia vuestra denuncia.—Y vuestra policía cómo va?

CALIXTO.

A maravilla, señor: cumplo con vuestra consigna, verdad: á nadie molesto; pero uno solo no se me escapa. Y á propósito, don Juan Pío Montufar está en un escondite, al pié del Antisana.

EL CONDE.

¿No os lastima la suerte de ese pobre hombre á quien no dais respiro con vuestra persecusión?

CALIXTO.

Ah, señor, de alguna manera debo compensar ese rato de ligereza, en que olvidé la lealtad que me obliga á mi Soberano! ¿No quizo él, además, ser Presidente de la nueva Junta? pues, presida á sus electores en la mazmorra.

EL CONDE.

Y vos también no fuistéis su elector? —Para felicidad de los imperios, sea

Dios loado, no desaparece ni desaparecerá la raza del conde Julián y del Ilmo. Opas, Martín Chiriboga, Andrés Salvador y quién sabe cuántos más, que, juntamente con vos, tienen que brillar como célebres en los fastos de vuestros Andes. Pero buscadme unicamente en despacho y lo menos posible. Despejad! *(Toca la campanilla, y vase Calixto).*

ESCENA IV

El Conde y un Paje.

El Paje.

Llamásteis, Ecxmo. Señor?

El Conde.

A mi hija: que venga al instante.

ESCENA V

EL CONDE.

Nuevo dolor de cabeza, nuevo combate! . . . mucho será que mis huesos vayan en paz al sepulcro. Como Presidente, molestias sin tregua, desazones, sobresaltos; como extranjero, y ya viejo, este recuerdo incesante de la patria, esta desesperación de nunca más volverla á ver; y como padre ....ah, qué aislamiento, qué frío en mi corazón! Que la nieve de las canas nos hiela el alma, mentira! . . . . ó por lo mismo busca abrigo con más afán; y cómo se retuerce, cómo agoniza, al hallarlo más helado en las cenizas de los recuerdos. He logrado por ventura, olvidar un instante á mi Blanca? Ni cómo, con Lola á mi lado, con Lola, vivo retrato de su madre, con más esa almita que irradia como un fanal.—Pobre hija de mis entrañas, y soy yo su verdugo, yo

quien la está marchitando, marchitando . . . Perdió tan pronto su madre; y sola, sola alado de un viejo tan adusto y áspero en su corteza! . . . Yo pensé que dejándola en completa libertad, la hacía feliz: el alma, como el agua, busca de suyo su cauce; y alma tan hermosa como la tuya, oh Lola, esperé que, por donde corriese, formaría bosquecillos solamente y jardinillos espléndidos; y lo que veo es que, convertida presto en catarata, rueda la tuya, y de abismo en abismo va despeñándose!—Viéndote estoy y compadeciéndote; pero maldita condición la mía! por henchido de ternura que esté mi corazón, hasta las lágrimas he de ocultar como crimen y hasta el sollozo que me arrancan tus adivinados rugidos lo he de ahogar en lo más profundo. . . A fé que me tienes por padre malo, desnaturalizado, á fé que no me amas . . . y yo, cómo en silencio te adoro! Qué sería de mí si llegara á faltarme siquiera esa tu triste mirada que. á par que me extremece con su muda reconvención, es la luz única de

mi vida? Yo he perdido tu cariño, Lola mía; y tú, la confianza que en mí debías tener; y qué de sombras en el hogar, y qué de tinieblas en el corazón, nos ha originado este desvío. Y con todo, si leyeras en mi pecho: qué ímpetus de lanzarme á tus brazos, de desahogar así mis congojas, de llorar, de llorar como niño en tu regazo! Y no puedo! y muchas veces, cuando con sollozos está hablándote mi alma, una impertinencia brutal ó una grosería . . . Pero esto no puede ya continuar así; hoy quizás nos entendemos; hoy, siquiera para el hogar, comienza nueva vida, supuesto que. . . *(un golpecillo á la puerta)* Adelante!

ESCENA VI

El Conde y Lola.

LOLA.

(En su porte y vestido, muestra mucho abatimiento,) Que me llamáis, Señor?

EL CONDE:

(Aparte)—Señor, señor . . . qué jarro de agua helada!—*(alto)*—Sí, *señora*: quizá hoy le deberé una explicación satisfactoria: porqué huye tanto de mí?

LOLA.

Vivis siempre tan preocupado, son tantos vuestros deberes . . . .

EL CONDE.

Y sin embargo, hasta en la mesa *ha* de estar á menudo vacío tu sillón; y hasta al acostarme, has de estar apenas conmigo, como por ceremonia, y como autómata, en silencio desesperador!

LOLA.

(Harto conmovida.) Pero padre! . . . .

EL CONDE.

(Serenándose) Qué tienes, hija mía? qué me ocultas? *(algo inmutado)* Sabes

que á fuego lento me vas matando con tu proceder?

LOLA.

(Muy sobresaltada; aparte:) Ay Dios, lo habrá sospechado por ventura?--*(Alto:)* Teneis algo que enrostrame, Señor?

EL CONDE.

Sí, *señora*, y mucho: una buena hija hace algo por conjurar la tristeza de sus padres; una buena hija mira con piedad las canas del que le dió el sér; una buena hija, siquiera por conmiseración, regala con un poquito de cariño á un pobre anciano, que se consume en soledad sombría. Tú no me amas, Lola.

LOLA.

Padre, por Dios, semejante inculpación? Cabe en mí tal indiferencia con el más sagrado de mis deberes?

El Conde.

Deber! el amor no es deber: yo al menos no daría una chita por un amor impuesto por deber. Con tu falderillo no tienes deber ninguno; y esa expontaneidad de cariño pará con él . . . cuánto se la envidio.

Lola.

Pero si esto es horrendo, Señor! . . . . . Ahora me explico yo, vuestra dureza, vuestra severidad en todo trance y la punzante amargura con que siempre me habláis; y ahora me explico á la par esta desconfianza con que á la postre he llegado á veros, y esta desazón, este recelo que me amilanan, cuando estoy á lado vuestro. Pero, que no os ame? . . . Qué amargo ha sido, padre mío, criarse sin madre! Ella me hubiera enseñado á no fijarme en vuestra corteza, á estudiar despacio vuestro caracter, para plenamente complaceros en toda ocasión. Ella me hubiera enseñado cómo en obras, de-

bía manifestaros este cariño respetuoso, pero intenso, profundo; y que, no hallando cómo dilatarse en lo exterior, se concentra de nuevo dentro de mí, y muere, muere, como una llama sin aire. —Padre; muy sin ventura soy: no pongáis el colmo á mi desgracia, imputándome un crimen que me horroriza, cuando aun teneis otros que castigarme . . . .

El Conde.

Pero si me amas, hija mia, por qué vives tan retirada de mí? por qué me huyes?

LOLA.

(Muy conmovida) Y primera vez, después de tanto tiempo, que me regaláis con ese dulce nombre, y acaso . . . cuando ya no lo merezco! *(llorando.)*

El Conde.

No te comprendo, Lola; pero de hoy en adelante sea otro nuestro mutuo com-

portamiento. En todo, tan notable es tu cambio que, si contigo no viviera. aun á mí imposible me sería conocer en tí á mi alondra de Andalucía. Qué te falta? . . . joven, hermosa, ilustrada más aún de lo que corresponde á tu sexo y á tu esfera misma. . . . Oh, vuélveme los días de tu niñez! vuelve á ser la alegría de este pobre anciano.

LOLA.

(*Ocultando el rostro en el seno del Conde á quién abraza*). Perdonadme, padre mío, no es mi culpa! . . . . una lámpara moribunda no llena de luz el hogar!

EL CONDE.

(*Muy agitado*) Moribunda? pero estás loca, hija mía, ó quieres matarme Tan mal te hallas en esta ciudad, adonde también á mí sólo mis pecados pudieron traerme?

LOLA.

Quizá más felices hubiéramos sido, si en tal viaje nunca pensáramos.

EL CONDE.

Pero, hija mía, qué hay? algo me ocultas, repito: háblame con franqueza.

LOLA.

(*Vacilante en descubrir su secreto*) Padre mío! . . (*aparte*) pero si no puedo, no puedo! . . .(*alto*): Muy falsa es aquí vuestra posición; acaso eterna infamia marque nuestro nombre. Dad un paso generoso, perdonad á vuestros enemigos y renunciad esta Presidencia.

EL CONDE:

Volvemos á las andadas! Si supieras lo que me desazonas cuando te entrometes en asuntos de Estado! Por tí, he hecho más de lo que debía.

LOLA.

Y rompísteis sin embargo los tratados; y violásteis la fe jurada.

EL CONDE.

Y sin embargo, los nuestros me acusan de punible lenidad, de cobardía. Por tus ruegos, cuánto he hecho por librar de la muerte á esos traidores; por tí, alas he dado á su insolencia, pues no dejan de conspirar; y por tí, voy corriendo precipitado á mi ruína: ¿qué más quieres?

LOLA.

Pues esta indecisión es la que os pierde: uníos á la voluntad de estos pueblos; y no sólo pacificáis America, más la conserváis libre y feliz para España.— *Traidores!* qué ceguedad la vuestra, padre mío! Nuestros hermanos de la Península que luchan por su independencia son allí héroes y dignos de todo loor; y nuestros hermanos de aquí, que por esa

misma independencia sucumben, *traidores, insurgentes, monstruos!*

EL CONDE.

¿Sabéis, Señorita, que por fin va á ser completo nuestro rompimiento? Sabéis que vos también, en definitiva, sois criminal? . . . Por Dios vivo, por la Santa memoria de tu madre, ni á tocar volvamos tales asuntos, si no quieres que te confunda. Y para cortarlos al punto y dar otro giro á las pesadas horas de nuestro aislamiento, viniendo al motivo porqué te mandé llamar, escúchame: en tu edad, la soledad del corazón es la agonía de toda virtud; estoy resuelto á casarte. . . . (*espanto en Lola*). . . Ha días que, de este proyecto, me habla con calor Arredondo: joven, gallardo, sobrino del Virrey de Buenos Aires y bien adelantado en su carrera. . . . ya lo ves, tiene dotes no despreciables, y espero que como esposo le aceptes.

LOLA.

Yo, señor? . . . . jamás.

EL CONDE.

(*Entre pasmado y furioso*): Cómo, yo ó ella, quién ha perdido el seso? . . . *Jamás*. . . . y así mondo y lirondo y sin vacilación?—Señorita, señorita, en dónde estamos? con quién tengo yo la honra de hablar! . . . Conque, *jamás*, eh? Contestó así alguna vez una hija bien nacida, una hija de un honrado caballero y Grande de España?

LOLA.

Pero, Señor. . . .

EL CONDE.

Pero, Señora?

LOLA.

(*Modesta, pero resueltamente*) Pues bien, ya no cabe disimulo, y de una vez

sabedlo todo: ora sea por vuestro desvío, ora por ligereza mía, que estoy lejos de excusar. . . . no soy yo dueña de mi corazón para obedeceros: amo á otro.

EL CONDE.

Y quién es ese otro? . . . (*silencio*) Qué linda pieza será, cuando ella misma se ruboriza de nombrarle!

LOLA.

No, señor: callaba solamente por temor de irritaros más, ya que imposible me ha sido desvanecer vuestras prevenciones; más yo nunca me ruborizaré de nombrar. . . á Mideros.

EL CONDE.

Mideros. . . Mideros decis? ese insurgente, ese traidor, ese asesino, é hidalguillo bueno apenas para la horca? . . . . Pero si esta muchacha está loca, loca de atar! pero, vamos, si ésta no es mi hi-

ja.—Infelíz, ¿sabes que, á pesar de mis años, ruge aquí una tempestad que á mi propio me espanta?—Ahora me explico yo también su *patriotismo*, su compasión por los *infortunados presos*, sus lágrimas insensatas, su felonía. Ahora me explico. . . . (*dejando la ironía, pero más sombrío*): sí, ahora comprendo también ese otro misterio! Señora; este instante es solemne, dónde está ese infame?

LOLA.

Infame! . . pues no le tenéis proscrito, acosado, cernido por donde quiera? no está pregonada su cabeza?

EL CONDE.

Temblad, os digo, dónde está Mideros?

LOLA.

Pero, Señor, á mí me lo preguntáis?

EL CONDE.

Vos no mentís jamás, y si tal hiciérais no seríais hija del Conde Ruiz de Castilla, mujer: vestido de fraile, hanle visto entrar en esta casa; dónde está Mideros?

LOLA.

(*Con la mano en el pecho*): Aquí. . . y arrancádmelo! (*Cae el Conde desvanecido en un sillón, diciendo*):

EL CONDE.

Maldita seas, infame! . . . huye, huye para siempre de mí.

LOLA.

(*Cuidando á su padre casi por completo desvanecido*): Padre, padre mío! . . . Es esto amor ú orgullo?—De todos modos y en la misma medida que tus esperanzas, pobre corazón mío, ya muy poco te resta que temer!

- - - - - -

ESCENA VII

DICHOS Y **Mideros**, ENTRANDO POR UNA PUERTA SECRETA.

LOLA.

Pero, por Dios, Mideros. . . .

MIDEROS.

Chist! nada temas, estos ataques son violentísimos.—Sin quererlo, todo lo he oído; nada me digas.—Pobre Conde! no naciste para timonero en tiempo de tempestades, y víctima vas á ser de tu propia debilidad.

LOLA.

De qué peso me libras, dueño mío! No le guardas rencor?

MIDEROS.

Yo rencor, Lola? (*le besa la mano al Conde, y en toda la escena le ayuda á Lola á cuidar á su padre*). Pobre anciano! le amo sinceramente; pues no es tu padre? pues, no padece? Desgraciado quién ve insensible ajenas desventuras!—Pero ya, lo palpas, de él nada podemos esperar; y á merced ahora de las bestias feroces que le rodean, no lo dudes, presa van á ser de sus garras nuestros amigos, y con ellos todo perece. No más dilaciones, no más esta vida indigna de mí y que la he llevado unicamente por no contrariarte en tus esperanzas. Hoy me lanzo á mi centro. Audacia, audacia y siempre audacia será el alma de toda revolución.

LOLA.

(Dejando á su padre y tomándole á Mideros la mano.) Pero ahora especialmente ¿podría yo resistir sí tú sucumbes?

Considérame, aun mi padre me retira su sombra! También á mí déjame libertad para proceder con resolución. Me avocaré con Arredondo, con cuantos aquí gozan de influencia; y, por mi palabra, liberto á tus amigos ó todos perecemos.

MIDEROS.

Alma noble, pero ilusa y que nunca desdice de su grandeza! Menos locura sería demandar compasión á un chacal, que piedad y razón á hombres obcecados por intereses de partido. ¡Cuándo pensé, dulce amor mio, que en premio de la felicidad que te debo, te había de coronar sólo de espinas y yo mismo había de extremar tus torturas!

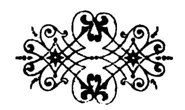
LOLA.

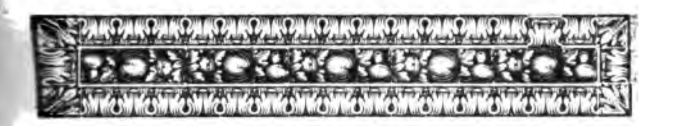
Por mí, yo no padezco, Mideros; pero tus congojas, tu inquietud, tu peligro... Y,

júrote, véngame el mundo encima, no te suelto, mientras esta borrasca no se disipe.

MIDEROS.

Alto ahí! parto al instante; y mañana. . . . libres ó en el cadalso.





ACTO CUARTO

Una pieza espaciosa, en el cuartel de los limeños, con centinela en la puerta principal, y de tal modo preparada como lo pide la representación.

ESCENA PRIMERA

Arredondo y un Capitán

ARREDONDO.

Pero esto es imposible, ira de Dios! los datos son fidelísimos.

EL CAPITÀN.

Hasta el toque de diana, como lo ordenásteis, y en cordón infranqueable, toda la noche hemos pasado en acecho desde palacio hasta la casa de Albán. Echanique y los demás sospechosos; y una alma no ha cruzado por esas calles, menos frailes ni disfrazados de ningún género.

ARREDONDO.

Lo sabéis, y palabra de rey, he dicho: vivo ó muerto, cien onzas de oro por su cabeza. Aquí hay algo más que el deber, canario! abrásame la sed de vengaza.

EL CAPITÀN.

Muy desgrasiado seré si no la satisfacéis; y de guardia hoy en palacio. mucho espero descubrir. (*vase*)

ESCENA II

ARREDONDO. *(solo)*

La recatadita, la desdeñosa; y miren quién habia sido la gatita dormida. . . . Sangre de Cristo, por esta cabeza, que me la corto, si no la veo á mis pies, implorándome compasión; ó si no me extasío en su tortura al echarle al rostro la sangre de ese foragido

EL CENTINELA.

Atrás!

ARREDONDO.

Ah, señores! sóis vosotros? Adelante.

ESCENA III

Arredondo, Arrechaga y Calixto

ARRECHAGA.

Buenos días, señor Coronel: algo de nuevo?

ARREDONDO.

Mucho y magnífico: la conspiración es segura; todo lo sabemos, menos el dia. Héle arrancado por fin á esa estantigua del Conde cuanto he querido. No sé qué diablo se ha apoderado del vejete; pero un diablo hosco, sombrío, un diablo mudo; ni con su hija habla: todo lo ha dejado á mi voluntad, sólo á Mideros me lo exije vivo. Y si bien mayor es mi interés en atrapármelo, ya lo veis, á sus anchas los dejo á todos, para que ni uno se me escabulla. Os juro que, para estos *cholos*, ha de ser de eterna recordación el dia de mi venganza.

ARRECHAGA.

Oh, muy bien, muy bien, mi Coronel! diré mejor, mi Brigadier.

ARREDONDO.

Presumis, eh? . . .

CALIXTO.

Pues, esos entorchados os vienen de suyo ¿No os va á deber su Magestad el mayor servicio, la pacificación, la seguridad de este su reino?

ARREDONDO.

Pero vamos á la plaza, á soñar allí en ascensos. Consentimos en que hoy los presos reciban, y en común si lo quieren, sus visitas: primera vez que van á verse reunidos.

ARRECHAGA.

Mal hecho, vive Dios, ahora más que

nunca deben estar rigorosamente incomunicados.

ARREDONDO.

No tal, voto á sanes! antes de esta manera mucho aguardo descubrir: Demos aliento á sus esperanzas, hagámonos los dormidos para que no salte mucho el ratoncillo.—Para vos, señor de Calixto, el toisón de oro: cordón ó cuerda, todó es para algunos mera casualidad; pero para merecerlo, por hoy vuestro lugar es éste *(uno como escondite, en donde le obliga á ocultarse)* y nos referís después lo que veáis y escuchéis—Cabo 1°., retire usted la guardia de este departamento; pasen acá los presos, y dejarlos á su sabor, hasta nueva orden. *(Sale con Arrechaga. Algunos soldados, á órdenes del cabo de guardia, medio arreglan el local y se retiran conforme van entrando los prisioneros, unos engrillados, otros con carlanca, &.*

ESCENA IV

Morales, Quiroga, Riofrío, Salinas, Arenas, Ascásubi, Peña, Cajías, Larrea y Guerrero, Villalobos, Aguirre, Melo y Vinueza.—Calixto, (OCULTO).—*(Ni para la acción ni para el diálogo hay necesidad de tantos interlocutores, cuya selección queda á juicio del director de la pieza; pero siquiera en estas líneas consten los nombres de todos los que, por darnos patria y libertad, murieron mártires).*

MORALES.

Si esto es sueño, que nunca despertemos; si realidad. . . . os estoy viendo, os toco, y todavía no acierto á dar crédito á mis ojos *(un abrazo general entre todos los presos sumamente conmovidos)* Como cobra el ánimo nuevos bríos al palpitar entre los suyos!

QUIROGA.

Salve, ilustres camaradas!. Talvez se despeja nuestro horizonte: en muy galana forma renace hoy día la esperanza para que no la saludemos como á la aurora de nuestra libertad. Cuánto he ansiado veros, cuánto estrecharos en mis brazos y reanimarme al sonido de vuestro acento. Sabéis que ha sido cosa re cia el no oir largo tiempo una voz amiga?

SALINAS.

Pues, en verdad, Doctor, lo estoy probando: la desgracia es como la vida de campaña, liga los corazones con vínculos más poderosos que los de la sangre: cuánto os amo, cuánto os he compadecido!

RIOFRÍO.

"Temed á estos griegos y más cuando os ofrecen dones!" gritaba con amargu-

ra Laocoonte, al ver á sus confiados compatriotas rompiendo los muros de Troya, para dar entrada al famoso caballo.

MORALES.

No temáis, doctor: quizás hayan abierto los ojos nuestros enemigos y avergonzádose de su felonía. Harto hemos padecido, para que presumamos que aun intenten extremar sus negros rencores.

ASCÀSUBI

Habríales agradecido, por lo que á mi toca, si desde el primer instante nos hubiesen descargado, con la muerte, de este insoportable peso de la incertidumbre. Vivir al capricho de Jefes díscolos y brutales; vivir entre el temor y la esperanza, con sólo recuerdos ó mintiendo vanos ensueños de ventura; vivir en absoluta ignorancia de lo más caro al corazón, el hogar. . . . oh, esto no es vivir! es saborear la muerte hora tras hora, en sus más prolijas amarguras.

QUIROGA.

Es nada más que acrisolar nuestra corona, señor de Ascásubi; es arrebatar á la gloria su palma y á la eternidad su nombre; es bautizar con sangre de nuestro corazón los altos destinos de la Patria. Harto he paladeado, Dios mío, la acibarada copa de la tribulación; pero bendito sea vuestro nombre, por la fortaleza concedida y por haberme señalado puesto entre vuestros escogidos. (*un corto silencio*).

AGUIRRE.

Qué variedad en nuestros destinos, eh? Más á mí nada me ha entristecido tanto como el que hubiera, entre americanos, quienes con la traición nos deshonrasen.

ARENAS.

Infelices! ni los recordemos. Al verse solos y mano á mano con su conciencia, no temblarán de pavor? Pero de

los demás. . . . qué suerte! Mideros, pregonado como bandido; Ante, acechado en todas partes por asesinos azuzados por el mismo gobierno: Montufar, perseguido á sol y sombra y acosado como jabalí; éstos, enterrados en vida, en pavorosos escóndites; aquellos, escoltados hasta la fosa, porque se imagina el opresor que es ficción la muerte misma; nosotros, aquí con esas largas noches del prisionero y estos sombríos días de la mazmorra, sin otra perspectiva que la del cadalso, tanto más odioso cuanto á él nos van llevando con aquel paso lento, monótono de lo inevitable.

MELO.

Sin esa división inconcebible en nuestras filas, origen principal de nuestro desastre, y sin aquella cobardía en la proclamación de nuestros principios, pues francamente debíamos haber optado desde el principio por nuestra emancipación, claro, no habría sido gran cosa lo que aquí padezco. Con eso y todo ¿pensarán al-

guna vez nuestros hijos en estas agonías con que hemos pagado la iniciativa de darles patria?

QUIROGA.

Las ponderarán y nos bendecirán: nunca ha sido vano el martirio por la verdad y la justicia. Y en cuanto á nuestras faltas, querido Melo, á lo hecho, pecho: en lo porvenir clava siempre su mira el político; pues apenas si le queda espacio para volver atrás los ojos.

PEÑA.

Cáusame cierto rubor oiros; quizá sea yo muy insensible, ó acaso mi juventud y la falta de esos dulces vínculos que á la tierra nos ligan, me hacen indiferente á la tortura; pero os confieso, yo no padezco. Al ver el trato que vosotros aquí recibís; al mirar en nuestros sayones, siento en el alma cerrazones espantosas é ímpetus de desmenuzar á nuestros tiranos, verdad; pero pienso por qué estoy aquí, por qué me amenaza la muerte,

y sonríome de placer. Oh, muy grato es, muy envidiable dejar una huella santa en la tierra y no desaparecer oscuro con esa multitud, con la cual vinimos á ciegas á la vida, y á ciegas dejamos á otros el campo, como inutil hojarasca.

CAJÍAS.

Sí, muy grande, muy hermosa es nuestra causa, para que el infortunio nos arranque lágrimas; pero será éste fecundo ó estéril en lo porvenir? He aquí la nubecilla que empañará siempre el cielo de los mártires.

MORALES.

Pues, basta un ligero soplo de la fé en el grandioso destino de nuestra especie, para que esa nubecilla se desvanezca. Espantosa maldición esta del hombre! pero en ella admiro yo á la vez el sello de su origen divino. Ha de crecer y desarrollar y tocar la cumbre de sus altos fines, pero sólo entre lágrimas é impon-

derables congojas del espíritu. Nace; y sólo llorando y sólo entre dolores y molestias ha de avanzar en ese constante desarrollo que le conduce á la perfección de su sér. Y mirad; la misma que la del individuo, la suerte de la especie toda. Angustias de parto, sombras de muerte, pavorosos é insondables lagos de sangre, ha de costar á toda sociedad cada una de aquellas sublimes convulsiones del espíritu, que marcan un grado más en la escala de su perfeccionamiento. Mostradme, sin esas sangrientas manchas, una faz cualquiera del humano progreso; mostradme un triunfo cualquiera del espíritu, sin victimarios ni víctimas. Y no me déis por razón aquella estúpida que asignan filósofos pesimistas: *homo, hominis lupus.* Yo la hallo más verdadera y elocuente, en la cima del Tabor: la ignorancia, el apego á lo que creemos mejor, el apocamiento de ánimo, dicen con Pedro: "oh qué hermoso es esto! clavemos aquí para siempre nuestros tabernáculos". Pero la ver-

dad, el fuego del espíritu, el progreso, se sonrien tiernamente con Jesús y responden: "adelante! sed perfectos como mi Padre!" De esta lucha, pues, entre lo pasado y lo porvenir; entre lo ponderoso é inerte que ama el reposo, y lo ideal y lo irresistible que tiende disparado á la perfección, siempre será lo presente un campo no escaso de cadáveres. Para que prenda una grande idea y se enraice, y tome cuerpo, y ofrezca ópimos frutos á toda la humanidad; vuestro corazón ha de escoger primero para vivir de su jugo, y os ha de pedir después toda vuestra sangre para su riego; y la idea de la emancipación de nuestro continente es demasiado grande para que no nos exija toda la nuestra.

LARREA.

Pero mucho me temo que, con nuestra muerte, quede ella del todo ahogada: en vista del éxito ¿habrá quién ose seguir nuestras huellas?

QUIROGA.

Ahogar una idea, camarada? No ha llegado ni llegará jamás á tal punto el poder de los déspotas. Así como la naturaleza en cada estación, la humana inteligencia tiene en cada época su atmósfera, su aire propio vital, sin el cual de seguro se asfixiaría; y ahogad el aire, ahogad la atmósfera! Entre la afrenta y la tortura, podrá ciertamente el despotismo ahogar á Galileo; pero oís? ..... Tierra, tierra! exclamará Colón á pocos días y al otro lado de los mares; y este pasmoso grito será la tortura y la afrenta de los que pueden matar hombres pero no ideas. Y desde nuestro **Diez de Agosto** independencia y libertad tienen que ser forzosamente la atmósfera de todo espíritu americano.

VILLALOBOS.

Jamás dudaré yo de la inmortalidad ni del triunfo de una idea que entrañe verdad y justicia; más tampoco descono-

ceréis que todas tienen señalada su hora en el proceso de los tiempos; y muy difícil nos sería defendernos ante la posteridad de la tacha de precipitación con que de fijo nos acusará. No estaba nuestro pueblo, no está América preparada para secundarnos. Y cuatro como somos, en este oscuro rincón. . . .

MORALES

¿Y cuando ha sido de la mayoría la dirección de los destinos de la humanidad? Doce pescadores fueron los discípulos de Jesús, y de esos doce fué la victoria sobre todos los reyes y pueblos del globo. ¡Preparar un pueblo para la libertad, en el seno de la tiranía! y cómo prepararíais para la vida un cordero que se retuerce en las garras de una fiera? Duerme nuestro pueblo, decís, y aun toda América, sueño estúpido y profundo; es un verdadero sepulcro, añado yo, es el Lázaro ya hediendo en su fosa; pero el **Diez de Agosto** ha sido el trueno que

le despierta, la voz eficaz que le saca de su tumba, radiante de nueva vida y con la aureola de su libertad.

SALINAS.

Desgracia la mía que no sea doctor, para ayudaros con la palabra, así como estaba apercibido para hacerlo con el brazo! Pero creedme, señores, muy estrecho le ha venido á este corazón el campo que se le ha concedido á sus arranques. Qué Patria soñaba yo dejar á mis hermanos! Y, vive Dios, no me forjo quimeras: nuestra obra está consumada. Pueblo amamantado y robustecido con la Inquisición, imposible que jamás sea generoso.

MORALES.

(*Después del silencio producido por la palabra* INQUISICIÓN)*:* Y vos, doctor Riofrío, seguís pensando en los dones ominosos de los Griegos? Por qué no nos regaláis con vuestra dulce palabra?

Puesto que sin pan ni vino, ¿no os parece que los patriotas del **Diez de Agosto** estamos en nuestras últimas agapas?

RIOFRÍO.

(*La atención, el entusiasmo, el espanto en los demás actores han de dar más vida y fuego á la palabra y á todos los arranques del interlocutor*). Sueños hay, señores, que largo tiempo y del todo nos embargan sentidos y potencias. Procuro escucharos atentamente, y tan preocupado estoy aún, como si apenas sacudiese mi pesadilla: habrá entre vosotros un José que me la descifre?--Huía do no sé quién, pero huía con pavor: y el cielo era oscuro como si amenazara tempestad, y era espinoso y árido el yermo por donde jadeaba, y ni una sola habitación entreveía en parte alguna. Un rastro de sangre sobrecògióme de horror, en mi camino, y no eran sólo gotas, negra charca parecióme que corriera de cada pie. Ansia sentí de indagar la causa, y apuré el paso, y no muy lejos

[illegible] hermosa
[illegible] y cubiertos
[illegible] miem-
[illegible] frente
[illegible] una fiera
[illegible] quería le-
[illegible] y respi-
[illegible] con *furor*,
[illegible] y entre ho-
[illegible] algo como
[illegible] indignado
[illegible] más figuraos
[illegible] distin-
[illegible] dientes, y siento
[illegible]

MORALES.

Yo diría que esa virgen es *nuestra* hermosa América y aquel león el monstruo que está á devorarnos.

RIOFRÍO.

No acertaré á decir qué tiempo quedé como aniquilado con aquel hielo como

de muerte que me sobrecogió; mas al abrir los ojos nada ví, sino que desatándose la tempestad que ha mucho amenazaba, todo era relampaguear y tronar, y descender la desolación en cataratas.—Y espesas, más que de noche ciega, eran las tinieblas; y un instante no acallaba el huracán; y era su voz como el alarido de los vencidos en un campo de combate, y como los ayes desgarradores del moribundo que se revuelca en su propia sangre, y como los hurras estentóreos del vencedor que dá caza al derrotado. Y á par que las tinieblas, era general en los cuatro puntos del globo un ambiente de pez y azufre, y un hedor acre de sangre recién derramada, pero derramada á torrentes.—Y fué larga, larga la tempestad y el haz de este continente semejaba á un yunque, y el aliento del Señor á un martillo; y la tierra toda se deshacía en llanto mientras se desgalgaba la iniquidad en diluvios.

Mas he aquí que de súbito se viste de rosas nuestro horizonte y brilla nuestra

cordillera como la novia que se encamina al festín: y prorrumpen nuestros bosques y valles en himnos de alborozos y hosannas de bendición.—Y del Guayas, en especial salía una voz como de muchas aguas, como la del terreno que anuncia el aliento de un dios, y asordando todo otro acento, hacía á nuestros Andes saltar de placer. (1)

ARENAS

Del Guayas dijisteis? Y por lo varonil, cierto que forjado parece ese pueblo, para la inmortalidad.

RIOFRÍO.

Y víme en medio de mi patria, y no tenía igual mi asombro, porque no la podía reconocer: ni la cubrían harapos, ni mostraba en la frente el sello del abatido y estúpido colono.—Crugía la prensa por todas partes, y donde quiera, de Colegios

(1) Olmedo.

y Museos, salía la ciencia con nuevas galas, atrayendo á todos con su grave, pero hechicera sonrisa. Y á par de un vivificador trabajo, todos leían y todos discutían y todos blasonaban de iguales deberes y derechos; porque la humana idea había ya brotado aquí; y el Verbo tenía su imperio, y en esplendorosa contienda se indagaba la verdad y se acrisolaban los más nobles afectos.—Ni el negro era esclavo, ni el blanco pechero, ni el indio acémila; y ni el judío era perseguido, ni el católico vejado, ni el hereje intolerante: una misma ley amparaba toda raza y defendía toda libertad.—Y monstruos voladores, pero no animados discurrían de Norte á Sur, y de Ocaso al Levante, derramando do quiera riqueza y ventura; y en un pestañear, aun á millares de leguas, comunicábanse los hombres lo que pensaban por medio de mágicos alambres.

SALINAS.

Dios mío, Dios mío! si tal y tanta ha

de ser la ventura de este continente, bendito mil veces nuestro sacrificio!

RIOFRÍO

Mas héme allá de repente á orillas del océano; y sólo ante ese gigante, de las aguas, veo otro más inmenso gigante, el gigante de la idea. Y de tal manera hiriéronme su porte y su mirada que . . . salto sobresaltado de mi lecho; y por única luz mi calabozo; y por única voz el són de mis cadenas. Mas, absorto ante sueño tan misterioso, un instante no he podido desprenderme de su imagen.
(Entra de súbito un soldado.)

ESCENA V

DICHOS Y UN SOLDADO.

EL SOLDADO.

Pase doctor Quiroga á su calabozo donde le aguardan sus hijas.

QUIROGA.

Capaz soy de daros por albricias mi corazón mismo. Hijas de mis entrañas! .... Bien os decía, señores, que talvez se despeja nuestro horizonte.—*(Despídese risueño de sus compañeros: durante esta despedida, el soldado se ha acercado á Salinas y le ha puesto un papel en las manos diciendo alto:)*

EL SOLDADO.

Vuestra cocinera, señor de Salinas, os aguarda con la comida.

SALINAS.

Ya iré. *(Durante esta escena, y mientras Salinas se impone aparte del billetito entregado, fingen los demás actores que conversan animadamente y en varios grupos.)*

ESCENA VI

DICHOS MENOS Quiroga y el soldado.

SALINAS.

Dios santo, lo que nos amenaza! Insisten nuestros amigos en su propósito, y eso es como la sentencia de muerte para nosotros.

MORALES.

Qué os dicen?

SALINAS.

Que de un día á otro, de hoy á mañana quizás, se arrojan al cuartel á libertarnos; y que al toque de rebato en la Catedral, estemos apercibidos.

RIOFRÍO.

Y contra dos mil veteranos? . . . pobrecillos, y pobres de nosotros!

ESCENA VII

DICHOS Y OTRO soldado.

EL SOLDADO.

Que despejéis en el acto la pieza; sobre la marcha, doctores, sobre la marcha; á sus respectivos calabazos.—*La despedida debe ser triste y efusiva, pero en silencio: sólo al fin esclamará al salir:*

MORALES.

Amigos míos, adiós, adiós . . . sabrá Él hasta cuándo?

RIOFRÍO.

No nos niegue, por lo menos, su gracia, no nos niegue fortaleza.

ESCENA VIII

(Calixto que sale del escondite, y el soldado distraído en el arreglo de la pieza.)

CALIXTO.

Dónde está tu Jefe?

EL SOLDADO.

Por la Virgen del Pilar, que me asustásteis, caballero! Cojíais ratones? y, vive Dios, que os vienen de perlas esas telarañas hasta en la nariz.

CALIXTO.

Por Belcebú, dónde está tu Jefe?

EL SOLDADO.

Y cuando estos criollos echan por la de Pavia... Pues, afuera, en el cuerpo de guardia, mi *Jefe noche.*

CALIXTO.

Insolente! Al instante que aquí le espero.

EL SOLDADO.

(Saliendo.) Con los Jefes, un falderillo; con los subalternos un terranova... ¡Quiá! así son éstos; pero siempre perros!

ESCENA IX

(Calixto, solo y paseándose agitado.)

Sus agapas, sus agapas . . . Y dicen la verdad. Ah, que escapara siquiera alguno de estos facinerosos!

ESCENA X

Calixto y Arredondo.

(Entre salamero y asustado.) Señor mío, Señor mío, la cosa urge: no aparece la conspiración tan remota como nos la figurábamos. De un día á otro, de hoy á mañana, escriben á Salinas que darán el golpe. Vos, una revista general

á los cuarteles y que estén sobre las armas; yo parto inmediatamente á Palacio.

ARREDONDO.

Diablo! y hoy hemos dado puertas á los limeños. El presidio apenas con guardia.

CALIXTO

Mirad, haced por arrancar á Salinas la esquela de que os hablo; quizás ella nos dé más luz. La campana de la Catedral es la señal del ataque de los traidores. *(Suena de arrebato dicha campana.)* Misericordia Señor! estamos perdidos. Por dónde me corro! *(extrema turbación en Calixto, que vuelve al mismo escondite.)*

ARREDONDO.

Santiago y á ellos! A mí, valientes! Sobre las armas! *(Váse con la espada desenvainada: queda solo un instante el*

teatro y únicamente se oyen descargas cerradas é inmensa vocería.)

ESCENA XI

Mideros, Albán, Landáburo, Mosquera, Echanique
Y VARIOS OTROS.

MIDEROS.

Viva la Patria, valientes! Ya este cuartel es nuestro. Arriba, quiteños!

ALBAN.

Adelante, adelante! *(aparte:)* estoy herido, Mideros; pero muera desaherrojando á nuestros mártires, y soy feliz.

MIDEROS.

(Abrazándole.) Eso es mío, querido

Albán. Vos quedaos aquí; dirigid la defensa de esa puerta.

ALBAN.

Aquí no hay peligro; ya estará tomada la artillería. Adentro! todos á una, quiteños!

MIDEROS.

Demos la mano á nuestros hermanos; á la artillería, por aquí, valientes, viva la República! *(Avanzan todos á lo interior del cuartel, seguidos de partidas de cholos con las ruanas terciadas y armados á la ligera, pero entusiastas y entre repetidos vítores: continuará el rebato en las campanas, y á menudo descargas cerradas de fusilería. Hácia la derecha retumbará de súbito el cañón y fuego más nutrido: al tercer cañonazo, vuelven á cruzar el proscenio de derecha á izquierda los pelotones de los conjurados, medio desmoralizados sí, pero no corridos.)*

ESCENA XII

(Varios pelotones de conjurados en desorden.)

CONJURADO 1º

Traición, traición! Se han emboscado los cobardes!

CONJURADO 2º

No, no! son los de la artillería: han roto la pared divisoria. Volvamos por Mideros.

CONJURADO 3º

Sanroqueños, cuidado! A la plaza, á la plaza!

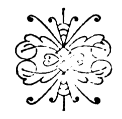
CONJURADO 1º

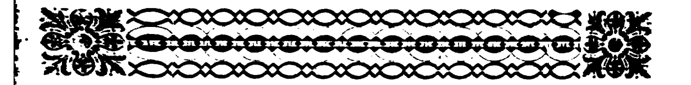
A la plaza, lomeños! Si son valien-

tes que salgan á la plaza los chapetones. Viva la Patria!

OTRO CONJURADO.

Maldición, maldición! nos han cortado! Al infierno, España! *(Cae el telón; pero continúa un rato el tiroteo.)*





ACTO QUINTO.

Una sala del cuartel sobre modo lúgubre: puertas á derecha é izquierda con centinelas; la de la izquierda no tendrá más uso que en la escena 10ª, debiendo entrar y salir los interlocutores, á su turno, por la derecha.

ESCENA PRIMERA

Arredondo y el capellán Caicedo.

CAICEDO.

Os lo repito, sí, es de fiera, que no de hombre vuestro proceder.

ARREDONDO.

Ignora el buen cura que me va amostazando sobre toda medida? Respeto, canario! á los de vuestra cáscara, mas sólo cuando me bendicen desde el presbiterio; pero aquí . . . Y si tanto os interesan esos facinerosos ¿por qué con el cristo en la mano no salís vos á contener á los vencedores? por qué no interponéis vuestro pecho entre el criminal y el sable de la justicia?

CAICEDO.

Aguardando estaba vuestro consejo! No me véis, no me véis? De quién esta sangre, por quién estos girones en mis vestidos, por quién este corazón partido en mil pedazos, y que, desalentado ya por su impotencia, viene agonizando á demandaros piedad? Si de vos que parecéis hombre, que estáis en vuestro juicio cabal y que os preciáis de buen militar y partidario del orden, nada consigo

¿qué he de recabar de esas tracaladas de fieras, ébrias de furor y de vino y ahijadas por la lascivia y la sed de oro? Mañana cuando un padre os demande por el honor de su hija; cuando una hija infeliz os eche al rostro la sangre injustamente derramada de su anciano padre, cuando una viuda sin consuelo os pida á gritos el hijo de sus entrañas ó el esposo de su corazón ¿seguiréis tomando polvo con la misma insensibilidad ueq ahora finjís? Montad á caballo, Coronel, encuartelad, aplacad esas furias.

ARREDONDO.

Con bonete y capa de coro, monte más bien el cura en su mula blanca; y haciendo lo mismo el Excmo Presidente en su macho pardo, contengan ellos á quienes yo no lo puedo.

CAICEDO.

¿Y por qué habéis hecho murar las puertas de Palacio? por qué esa riguro-

sa consigna de que nadie penetre en él? Ah, sobre feroz, sois cobarde! Queréis satisfacer vuestras venganzas sobre seguro y cargando en otros la responsabilidad de vuestros crímenes; queréis . . . .

ARREDONDO.

¿Y sabéis, miserable, que aun cuando fuérais confesor de su Majestad, no estoy ya para comportar vuestra insolencia? ¿Sabéis que el cobarde es el osado clériguete que se prevale de su corona, pasa insultar á un caballero? ¿Y no os entierra de vergüenza, por Satanás, tomar tan á pechos la defensa de una canalla criminal?

CAICEDO.

¿Pensáis, pues, que hago yo caso de vuestras bravatas? ó tenéis á dicha seguramente sobrevivir un día á estas escenas de demonios? Mañana, mañana . . . ay! aun cuando hubiéseis entrado una ciudad enemiga. De hermanos vuestros

son esos escombros, que mañana apartaréis con vergüenza; de hermanos vuestros son esos tizones, que no apagados todavía, os están cubriendo de infamia; de hermanos vuestros son esos miembros palpitantes, esa sangre caliente aún, que proclama un demonio hambriento de carne humana y sordo á toda voz de humanidad.—¿Y disculpo yo, por ventura á criminales? abogo tan sólo por los inocentes. No estáis victorioso? por qué, pues, esta matanza á ciegas? por qué no juzgáis á los culpados? Y aún excuso eso sí, su lamentable temeridad: vosotros mismos los habéis provocado, impelido y precipitado, por fin, á su ruina? Qué! ¿pensábais acaso que la paciencia de un pueblo ha de ser infinita? ¿pensábais que por criollos, estaban en el deber de toleraros hasta la barbarie? Qué os deben estas comarcas que no sea afrenta ó iniquidad? ¿Quién os ha dicho que el pueblo ha de ser para vosotros, puramente una acémila? Si le negáis toda garantía, por qué le demandáis obligacio-

nes? ¿En qué derecho habéis leído y digerido tan monstruoso pacto?

ARREDONDO

Todo estorbo á mi voluntad, á un lado: "á bandada de mariposas que me intercepta la luz de mi bugía, una *agostada* con ellas"; esta es nuestra única ley, nuestro único derecho.

CAICEDO.

Horror! Digno principio de almas redondas ó cuadradas, nacidas al aliento de Belcebú! Y creéis con esto consolidado vuestro poder? El baldón de este día jamás lo borrará la metrópoli de su frente: las *Sambartolomés* satisfacen momentáneamente abominables venganzas, pero ellas preparan el cadalso para los verdugos, porque ellas eternizan su afrenta. Hoy queda irrevocablemente firmado el divorcio entre España y el

Nuevo Mundo; hoy sucumbe vuestro dominio en América.

ESCENA II

Dichos y un español.

El español.

Paisano mío, mi Coronel, amparadme: me persiguen de muerte esos monstruos ¿cómo ha de ser tanta calamidad? Ya para ellos no hay españoles ni criollos, ni insurgentes, ni leales: todo es matar y robar; pero á ciegas, con hambre desaforada, con furor inaudito. Mirad, por Dios, Coronel, de enfrenar esa soldadesca! En nombre de su Majestad, os disparáis así como fieras? ¿Decretásteis acaso el exterminio de esa ciudad?

ARREDONDO.

A ver, paisano, tomad un polvo y calmaos: duéleme que os hayan asustado su poquillo; pero qué demonios! la culpa es vuestra ¿á qué vinísteis á vivir en guarida de malhechores? Y cómo queréis, vive Dios, que mis soldados os distingan si sois de los insurgentes ó nó? Era preciso un escarmiento, mi don Rodrigo? ¿y quién contiene á un soldado victorioso . . . *(aparte)* cuando no se le quiere contener?

EL ESPAÑOL.

Pero, Coronel, qué escenas de horror en todas partes! Todo es llanto, todo sangre, y el saqueo más desenfrenado; y con infelices y hasta con la clase desvalida, que acaso ni comprende nuestras luchas, tánto lujo de barbarie?

ARREDONDO

Que vuelvan, pues, á provocarnos con

su infame vocería; que tanteen ahora á mis soldados y vean si son solamente pintadas sus bayonetas!

El español.

Pero aún para escarmiento, mi Coronel, ya más de veinticuatro horas ! . . .

Arredondo.

Querellense, pues, contra quienes nos provocaron: ya los veríais, sordos, mudos, quietecillos están en mí galería. Sed cortés con ellos, si bien no os responderán palabra, aunque los ultrajéis.

El español

Cómo! son ellos vuestros presos?

Arredondo.

Ni más ni menos, vive Cristo! Y por uno á dos que se me hayan escapado, un centenar á mejor vida.

CAICEDO.

Quiroga, Riofrío, Morales ... Arenas, Salinas, Peña; esto es, la ilustración, la piedad, la ciencia; esto es, la probidad, el valor, la juventud; esto es, toda virtud, todas las esperanzas de esta infeliz comarca! ... Pero si esto es inconcebible, monstruoso; es el hacinamiento de toda iniquidad, el cúmulo de todo horror ! . .

ARREDONDO.

(En pie y trémulo de ira.) Vinisteis, fraile, á declamar su oración fúnebre? mirad, ha más de una hora que esa puerta os abre los brazos, amparaos de ella; mirad . . .

ESCENA III

DICHOS Y UN soldado.

EL SOLDADO.

Ruegan á Su Señoría, mi Coronel, por los cadáveres de los presos.

ARREDONDO.

Ni un maravedí menos del rescate designado, voto á cribas! y si íntegro no me lo cuentan, los echamos á un muladar. *(Vase el soldado.)*

EL ESPAÑOL.

Quizás me equivoqué, pero entre sus cadáveres, dos me parecieron de señoras.

CAICEDO.

De dos niñas, decid mejor, Don Rodrigo, de dos ángeles, hijas de Quiroga, que mueren salpicando con sus cesos el rostro de su padre aún vivo!

ARREDONDO.

No se movieran de la rueca, y nada les habría acaecido. Queréis que ahora las resucite yo! Si vos no lo alcanzáis con vuestro Señor de la Portería, nues tro poder . . .

CAICEDO.

Impío! y os llamáis cristiano? ...... Pues bien, si ni el deber, ni la Religión, ni la humanidad han podido mover esas entrañas de cieno, óyeme: maldito seas para siempre! La sangre de tus víctimas te ahogue! Las sombras de tus víctimas te persigan hasta en la eternidad! Ellas te acosen en el sueño y la vigilia, ellas sean tu implacable azote! y cuando alguien en la tierra recuerde á tan excecrable tirano, interpélete siempre de infame, infame, infame malhechor!

ARREDONDO.

(Lanzándose al cuello y conteniéndose apenas.) Cabo de guardia! al infiernillo este cleriganzo: para él las mejores esposas y grillos, é incomunicado hasta nueva orden. Vos, Don Rodrigo, á mi habitación. *(Vanse todos; y sin osar entrar mientras Arredondo se pasea furioso en el proscenio, aparecen en la puerta los siguientes:*

ESCENA IV

Arredondo, Arrechaga y Calixto.

ARREDONDO.

Infame, infame! pero ha firmado su sentencia . . . . si no le matara! . . . Ah, estáis ahí, señores? Que sea menester estar en gracia, para veros cuando se os espera. Viniérais media hora antes, y cuánto os hubiera agradecido. Y vuestra estantigua? ¿No me dijísteis que era necesario el oidor para nuestro sainete? También tendré necesidad de rezar otro salterio, para merecer esa gracia?

ARRECHAGA.

Pero, Señor, para un consejo de guerra verbal . . .

CALIXTO.

Y como no es tan facil ahora penetrar por esas calles.... Sí, aguardemos hasta mañana al señor Oidor.

ARREDONDO.

Sabéis que apenas hay cosa como paladear despacio la venganza?

CALIXTO.

Pero mirad, Señor Coronel, al paso que van los vuestros, ni Oidores, ni Presidentes, ni Fiscales, ni amigos vuestros quedamos libres de sus garras: haya orden en el desorden mismo. ¿Es por ventura la ley, si la política la maneja, menos eficaz para cortar cabezas que el mejor de vuestros batallones?

ARRECHAGA.

Locura! Muy bien hecho, mi Coronel: no hay ejemplar como uno de terror.

ARREDONDO.

Y si á la matanza unimos el cadalso, por maravilla olvidará en un siglo esta gente del gordillo lección como la que está recibiendo.

CALIXTO.

Pero, Señor, desde ayer, y á tontas y locas . . . tanto robo, tanta matanza . . . .

ARREDONDO.

Hasta vos? . . . hasta vos, digo osáis reconvenirme? ¿Ignoráis acaso que apenas puede venirnos más de perlas que un trasto como vos, cuando algo tenemos que desahogar?

CALIXTO.

Quería decir, Excmo. Señor . . .

ARREDONDO.

Quería decir, el excelentísimo bellaco

que se le habrán comido alguna vaca, que le habrán desperdiciado algún saco de maíz; y he aquí un desastre horrendo para vosotros los de calzas vermejas, porque sólo hasta ahí ha de llegar vuestra decisión por una causa, hasta ahí la lealtad, hasta ahí el patriotismo. Mirad!..

CALIXTO.

Pero, mi señor Coronel, mi . . . mi señor Brigadier . . .

ARREDONDO.

Silencio, el del toisón de oro! Una palabra más y de mí no respondo.

ARRECHAGA.

Imprudencia, imprudencia señor de Calixto. De vuestra lealtad, diré mejor, de vuestro arrepentimiento, fuera locura que dudáramos; pues ni á vuestra sangre habéis perdonado. Os conmueve quizás el horripilante cuadro que

ofrece vuestra población: ¿Qué hacer? cierto que parece ahora el imperio de la muerte; pero sin este escarmiento, adiós América por toda la eternidad! Lo estáis viendo, en todos los Andes ha hallado eco y formidable el Diez de Agosto; que también aprendan cómo contesta España á esas voces, con ejemplares agostadas.

ESCENA V

DICHOS Y UN Capitán.

EL CAPITAN.

Señor Coronel, ha resuelto el Consejo que vuestro prisionero sea inmediatamente pasado por las armas, como sedicioso y traidor.

ARREDONDO.

Le dísteis siquiera una vueltecilla de borceguí? no hubo tormento?

EL CAPITAN.

Como nada niega . . .

ARREDONDO.

Duéleme, qué demonios! Ansiaba oírle cantar como canario. Todo está listo: traedle pues, para que aquí le desaherrojéis. *(Vase el Capitán.)*

ESCENA VI

DICHOS MENOS EL **Capitán.**

ARREDONDO

Acribillado está de heridas, pero algunas gotas le habrán sobrado de san-

gre, para que despacio las saboreemos.

ARRECHAGA.

Y qué tesón, qué constancia la de ese bandido!

ARREDONDO.

De él era ya este cuartel; y si con igual ímpetu atacan los otros la artillería, de seguro que nosotros ocupábamos ahora el asiento que á él le preparamos.

ESCENA VII

DICHOS Y ENTRA **Mideros** APOYADO EN LOS SOLDADOS QUE LE CONDUCEN.

(Aparecerá en extremo pálido y ensangrentado; y sin mirar siquiera en los que le rodean, tomará asiento en el banquillo que le muestran para desaherrojarle.)

ARREDONDO.

Sabéis ya cuál es vuestra suerte?

MIDEROS

Y debía aguardar otra de vosotros?

ARREDONDO.

Pero ya lo véis, os condena un tribunal.

MIDEROS.

Tribunal! Una manada de zaínos contra un leoncillo inerme! ¿Y qué objeto os propusísteis al aparentar justicia, cuando sólo rencor chispean vuestros ojos? Os disputo, por ventura, el derecho que como vencedores tenéis? Vencísteis; pues traidor y sedicioso, y bandido, todo lo soy; matadme. Pero no prostituyáis el nombre de justicia con una ascosa farsa; os he demandado acaso piedad?

ARRECHAGA.

Pero ni siquiera os mueven á arrepentimiento tamaños atentados?

MIDEROS.

Atentados! Sombras egregias de Zaragoza! ínclitos héroes de Bailén! volved á este rincón los ojos y ved á éstos que se dicen vuestros hermanos! Atentados llaman vuestro denuedo y tesón, y crimen la constancia con que os sacrificásteis por redimir vuestra patria de menguada dominación extranjera!—No colméis, por Dios, Señores, de indignación y tedio mis últimos instantes: lo he confesado ya, nuestro crimen inaudito es haber imitado á vuestros hermanos de la Península. Vais á matarme; bien! dejadme á solas con mis recuerdos en esta hora solemne.

ARRECHAGA.

Pero presumo que no habréis olvidado todo esto en vuestra defensa; y cuando el Tribunal os ha condenado . . . .

MIDEROS.

Mi defensa? Salid y ved vuestra fa-

mosa galería, y en ese confuso montón de cadáveres á cual más ilustre, palparéis la confianza que debe inspirarme vuestra justicia. Mi defensa! escuchadla: esos alaridos de toda una ciudad, entregada á la desesperación y al exterminio, os están pregonando de veras como los representantes de Dios, cuando administráis justicia. Mi defensa! reanimaos un instante, excelso Quiroga!...Oh, aquí me ahogo! acadad vuestra obra, que más odiosa que el patíbulo me es vuestra presencia.

ARREDONDO.

Pero ¿con tamaña insolencia ha de poner el colmo de su iniquidad?

ARRECHAGA.

Calmáos, Sr. Coronel; y vosotros despachaos: todo lo paga ya este desgraciado con su sangre.

MIDEROS.

Acepto la muerte, sí; mas nó de vues-

tras manos, que inclino la cabeza á la fatalidad de nuestros grandes destinos. Sangre ha demandado siempre en su bautismo toda idea fecunda para el progreso; y como tan sublime es la nuestra, la emancipación americana, hános exigido un mar y de sangre nobilísima. Ah, no olviden nuestros hijos el alto precio por el cual los rescatamos, ni prostituyan jamás lo que tan caro les compramos, la República.

ARREDONDO.

Pero, señor Fiscal . . .

ARRECHAGA.

Es el delirio de la agonía; pisa el humbral de la muerte: respetémosle.— Vos, romped pronto esos grillos.—*(Silencio completo en el teatro, interrumpido después de un momento por la caja que toca funerala. En el instante en que el herrero está rompiendo los grillos de Mideros, entra Lola, ladeando con imperio á los centinelas.)*

ESCENA VIII

DICHOS Y Lola.

LOLA.

Paso, paso, miserables! . . . (*Lanzándose al cuello de Mideros*) Oh Dios mío, bendito seas!—No esperé ya hallarte, bien mío! (*Tocándole con frenesí y besándole la cabeza*). Vives! . . . . . también á mí se me vuelve el alma! Mira, ya, ya moría tu Lola.—Encerrarnos, bárbaros! . . . Pero te veo, verdad? . . . . . no todo está perdido; y si tan aciaga te ha sido tu maldita patria, á España al fin del mundo, huiremos los dos, tú como vida única de tu pobre Lola y yo para cicatrizar con mi amor las heridas de tu corazón.—Y aherrojado, aherrojado!... Dios mío!-Ignorábais señor Arredondo, que es mi esposo Mideros! Más cuánta gratitud os debo! os habéis ade-

lantado á mis súplicas.—Pero no más aquí: verdad, Coronel? Me lo llevo á Palacio: yo seré su alcaide. Y qué tenéis que juzgarle? por que me ama? porque ha amado con delirio á su Patria?.... Ved qué crímenes! No le juzgaréis, verdad?

ARREDONDO.

Pero señora.....

LOLA.

Oh no! no le juzgaréis, porque me mataríais.—Señor de Calixto, corred á palacio, que venga en el acto mi padre, que vuele. Cómo ha de estar aquí Mideros? y juzgarle!....

ARREDONDO.

Mas no olvidéis, señor Calixto, que no está en mi mano prorrogar un momento lo que ha dispuesto el Tribunal.

ESCENA IX

DICHOS MENOS Calixto

LOLA.

(*Trastornada*) Qué dijistéis? (*Fíjase huraña en la escolta, y se pasea como insensata en el proscenio*) Pero si estos hombres están locos! . . . ¿Seríais tan bárbaros. . . . Oh. no! esto no puede ser, no será, es imposible. (*Con fría, pero concentrada altivez*). Vos, Coronel Arredondo, vos tenéis que iros y venir con mi padre: partid!

ARRECHAGA.

Señora, respeto á las hermosas; pero á mí. . . . nadie me impone.

LOLA.

(*Con dignidad*). Partid, os digo, y en el acto! ¿Os figurastéis que seríais vos ni

el asesino de mi esposo? que venga mi padre, y en nombre de un frío deber, él me lo arranque de mis brazos, él se bañe las manos en su sangre y venga á acariciarme con ellas: partid!

ARREDONDO.

Pero yo, señora, en nombre de su Magestad. . . .

LOLA.

Pues, vos, Arredondo, en nombre mío, en nombre de una mujer; si soís caballero, si no en vano blasonáis de español, habéis de obedecerme. Traedle vos á mí padre, si queréis decidir de la suerte de Mideros! (*Con imperio y empujándole con desprecio*). Partid, os lo he dicho!

ARREDONDO.

(*Entre corrido y despechado*). Cuando entrade por medio una basquiña. . . . demonios! (*Váse con Arrechaga: queda*

sólo la escolta retirada de los dos esposos; Lola mira á todas partes, con ojos extraviados, y dirijiéndose á la puertecilla de la izquierda dice):

ESCENA X

DICHOS, MENOS **Arredondo y Arrechaga**

LOLA.

Y esto á dónde va? (*Al alzar las cortinas, se verá en último término, el patíbulo rodeado de una escolta y con un fraile en las gradas, llevando á la mano un crucifijo. Suelta ella la cortinilla, despavorida, y se arroja como loca al cuello de Mideros*).—Mideros, Mideros! . . . . (*silencio, mientras Mideros deja ver sólo en el rostro su tortura*). Morir? . . . . . . Y soy madre, amor mío, soy madre! (*Cae desvanecida*).

MIDEROS.

(*Sosteniendo en su seno la cabeza de

Lola y con toda la naturalidad y viveza que demanda tal situación, después de un largo silencio, dirá): Oh Dios mío, Dios mío. . . . sólo esta gota faltaba para que rebosase el cáliz de mi Getsemaní! . . . .. *(después de otro silencio).* Que no te hubiese conocido, que sólo yo. . . *(y quédase como del todo abismado en una idea.—Como nada oye Arredondo, comienza á sacar poco á poco la cabeza desde la puerta, y viendo la situación de Lola, entra colérico contra los soldados).*

ESCENA XI

DICHOS **Arredondo**, Y POCO DESPUÉS **Arrechaga.**

ARREDONDO.

Y cómo! estáis ahí de estafermos, canallas? ¿Por qué no aprovecháis de esta oportunidad? Apartad esa mujer y

arrastrad á ese hombre, si tan cobarde es, boloño! que ni siquiera sabe morir.

MIDEROS.

Villano, consuma tu obra, pero de mí no esperes ni desprecio.

ARREDONDO.

(Dando planazos á la escolta y obligándola á apartar por la fuerza á sus víctimas): No me habéis oído, follones? A un lado, llantos y pamplinas y en marcha. . . !—*(y como ve que medio se mueve Lola y exhala un ay, manda redoblar con fuerza los tambores, que ahogan toda voz. Arrechaga sostiene á Lola del todo desvanecida, y la escolta medio empuja á Mideros que, al ver por última vez á Lola, exclama:)*

MIDEROS.

Oh, Dios mío! . . . sí, dadle mejor la muerte.—*(Inclina la cabeza y se deja llevar en silencio por los sayones, por la puerta de la izquierda)*

ESCENA XII

DICHOS MENOS Mideros Y LA ESCOLTA.

ARRECHAGA.

El caso es árduo, mi Coronel; pisáis en terreno falso; debiérais haber aguardado orden expresa del Conde.

ARREDONDO.

(Sonriéndose y frotándose las manos). Sí, debiera haber aguardado á la decrepitud misma, para que triunfase mi rival. Heme extralimitado, por ventura, de sus extraordinarias? Y contra él, en especial, disimulaba acaso su encono? Cayó el más desaforado rebelde, hásele aplicado la ley; y venga ahora, boloño! . . Ah, solo ese Ante, solo ese Ante; pero caerá, también caerá. . . . *(En este instante, desde la puerta):*

ESCENA XIII

DICHOS Y EL **Conde** ACOMPAÑADO DE **Calixto.**

EL CONDE.

Oh, gracia, gracia, señores! Acabo de saber que ese cuitado es esposo de mi hija, de mi Lola: donde está Mideros? Le abrazaré como hijo mío; á entrambos los perdono. Que se revise su proceso. Dónde estás, Lola mía? dónde están mis hijos? Oh, señores, vedme, estoy al borde de la tumba: no me empujéis á ella con ferocidad; no emponzoñeis las últimas horas de una vejez desventurada! Ha faltado mi hija á su deber, lo confieso; es por demás punible su lijereza, convenido; pero es mi hija; oís? mi hija única; y si ella me faltase. . . . Pero dónde está Mideros? Oh, cómo ha abusado Arredondo de mi confianza y de mi debilidad!

Yo no gusto, no puedo gustar de escenas de salvajes. Harto hay con la matanza que habéis llevado á cabo, mal caballero, para que tengamos á mengua ser españoles. Basta de sangre; no apuremos más tamaña crueldad. Volvedme á Mideros, que se revise su proceso; y aún á España volaría yo mismo á implorar el perdón á su Majestad, si acaso me disputáseis esta atribución.—Hija de mis entrañas, Lola mía! *(al verla tendida en el proscenio, hace por levantarla; más enderézase de súbito, como herido por una idea)* Pero qué es esto? por qué no me respondéis? dónde está Mideros? *(Fíjase en la puerta de la izquierda, y corriendo á ella)* Ay, talvez. . . gracia! gracia!! *(suena una descarga).*

ARREDONDO.

Es tarde!— *(Otra descarga)*— *(El Conde alcanza á la puertecilla, alza la cortina, vé el cadalso, la deja caer despavorido y se arroja á su hija, quien de pies y como loca, dice:*

LOLA.

Tarde? *(Otra descarga).*

EL CONDE.

(Abrazándo á su hija, anonadado). Hija mía!

LOLA.

Tarde? *(Y cae de redondo como muerta).*

FÍN DEL DRAMA.

